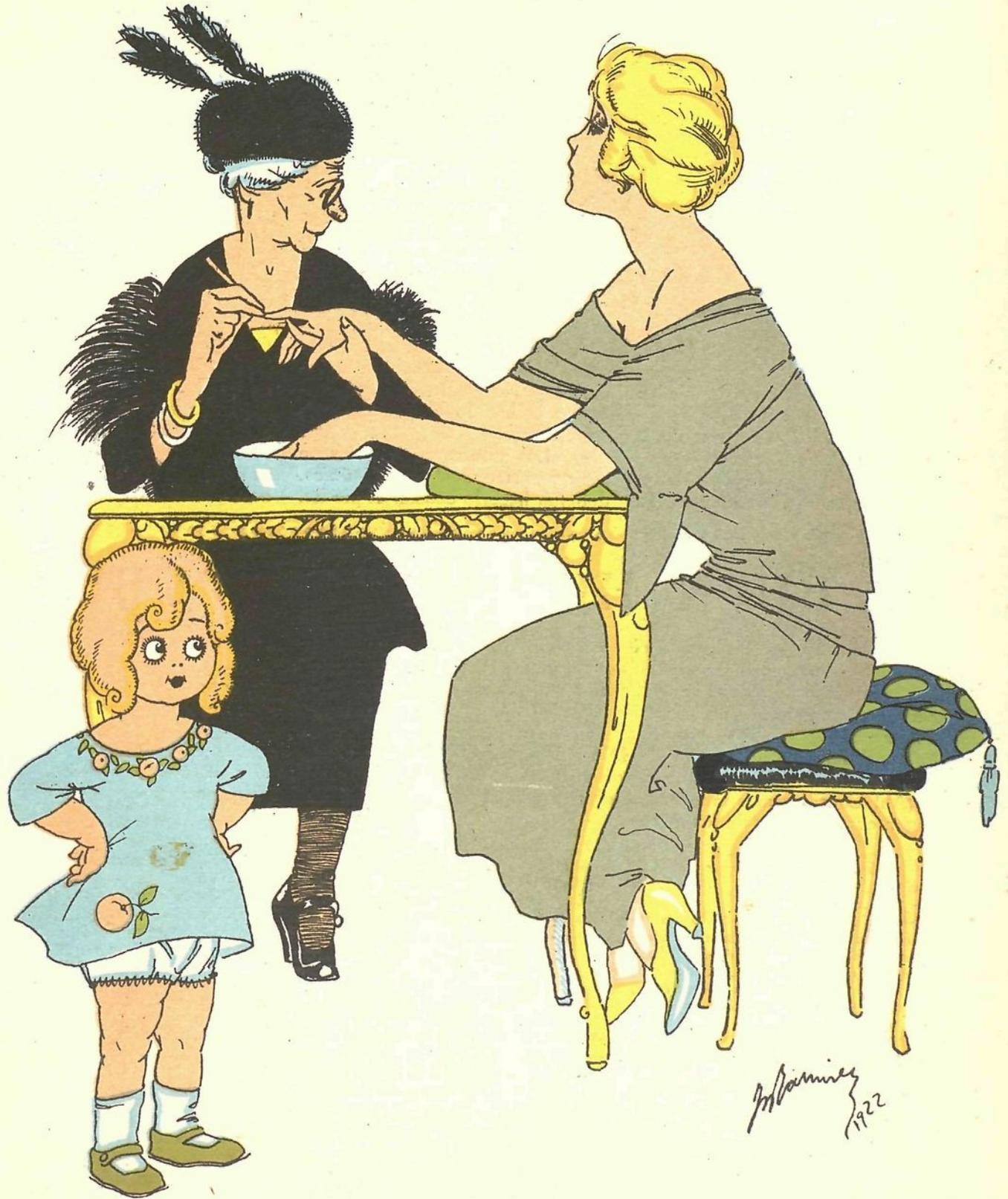


BUEN HUMOR



Dib. RAMÍREZ. - Madrid.

— ¡Y que luego me castiguen porque meto los dedos en el chocolate!...

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

BUEN HUMOR, que es hoy la primera revista satírica de España, perseverando en su deseo de no limitar sus columnas a los literatos y dibujantes de prestigio cuyas firmas avaloran los números publicados, con objeto de abrir sus páginas a toda nueva colaboración, organiza este Concurso de

CUENTOS HUMORÍSTICOS

con arreglo a las siguientes

BASES

a) El plazo de admisión de los trabajos terminará el día 15 de noviembre de 1922, a las seis de la tarde.

b) Los originales tendrán, aproximadamente, una extensión

de seis cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina por una sola cara.

c) Los originales irán encabezados con un seudónimo o lema, y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

d) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos oportunamente, concederá un premio de

200 PESETAS

al mejor *cuento humorístico*.

Además, propondrá a la Dirección de BUEN HUMOR la adquisición de los originales que lo merezcan, conviniendo con el autor las condiciones.

e) Los autores que no deseen aspirar más que al premio único, deberán hacerlo constar al pie del

lema y al frente del sobre adjunto. El original que no lleve indicación alguna se supone conforme con las condiciones que el segundo párrafo de la base d establece.

f) El *cuento humorístico* premiado y los adquiridos se publicarán en nuestra plana central, ilustrados por notables dibujantes.

g) Los originales no premiados deberán ser recogidos de la Redacción de BUEN HUMOR, a partir del día siguiente a la publicación del fallo del Jurado en esta revista y dentro de lo que reste del año 1922. Pasado este tiempo, la Empresa no responde de dichos originales.

h) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su conformidad con las anteriores bases.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Sabes que vamos a tener banda de música?

— ¡Ah!... ¿Si?...

— Sí. El Ayuntamiento está contratando elementos de toda España: de Alicante, de Valencia, de Madrid, de Barcelona, de Santa Cruz de Tenerife... Los alicantinos serán clarinetes; los valencianos, trompas; los madrileños, contrabajos; un catalán, bombo...

— ¿Y los canarios?

— Los canarios, flautas.

PEPEPÉ. — Barcelona.

Un obispo recorre su diócesis, y al despedirse del cura de un pueblecillo le dice:
— Por lo observado, he de felicitarte por sus dotes personales de moralidad, caridad y amor al culto. En cuanto al

templo..., sobre todo del aseo, no llevo buena impresión.

EL SACERDOTE (con ingenuidad). — Entonces, ¿su ilustrísima viene ahora de Zaragoza?

FRANCISCO SANZ (a) Maño-so.

Entre amigos.

— Chico, estoy convencido de que los deportes transforman al hombre. Antes decía todo el mundo que yo era un patoso. Pues apenas me puse los patines, ya dicen que tengo muy buenas caídas.

SÁNCHEZ JADRAQUE. — Madrid.

El bueno de don Nicolás observa que su esposa regresa de la compra un tanto indignada y pretende saber la causa.

— ¿Te ha ocurrido algo desagradable, mi Domitila?

— Lo que ocurre es que esta situación se está poniendo insostenible ¡Ni berzas podemos ya comer!... ¿Cuánto supones que me haya costado la presente col?

— ¡Qué sé yo!... Pero, a pesar del abuso actual en el precio de las subsistencias, calculo no será mucho.

¡Dos pesetas con veinte céntimos!

— ¡¡Cara-col-es!!

A. Y M. B. — Oviedo.

En un teatro.

LA ARTISTA (cantando). — ¡Mañana me voy!... ¡Me voy mañana!...

UNO DEL PÚBLICO. — ¡Esta noche también hay tranvía!

PONCHITO. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Panta, de Madrid**.

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de noviembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo enero.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

6. — Cómo andan Romanones y los de la concentración liberal.

EL LABRADOR QUE
NO HACE LOS SURCOS
DERECHOS

M Y A
— — —
2 2

7. — Un cariño.

137458692

CUPÓN
correspondiente al número 50
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 15 de diciembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de noviembre, insertos en

8. — Nuestro director.

— Yo *tercia dos* doy a *una-dos-tres* esa japonesa para modelo.

— ¿Has dicho japonesa?

— ¡*Prima, prima!*

9. — ¡A ver qué pasa!...

La Bella Cacharrete
La Niña del Escarpidor
La Tórtola Valencia

1 1 1 1 1
G A T A

10. — La solución en Toledo.

— No sé cómo puedes sufrir a una mujer como ésa, que, aunque se llama Pura, es tan *prima-tres*.

— Quien no sé cómo la aguanta es mi *si-dos-prima*. Porque supongo que eso de *prima-tres* lo dirás por el peso.

— Yo la enviaría con su tío el *prima-dos-tres*.

— Tiene bastante con el *prima-dos-tres* que ayer le hice de un pellizco en una cadera.

esta página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 24 de diciembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

11. — De Ángel Torres del Álamo y Antonio Asenjo.

B A S T O S
SIETE DE OROS
PRESUNCIÓN DE CHULAS
CRISTIANA

12. — Catedrático de la Universidad.

H I P O P Ó T A M O

CUPÓN NÚM. 2
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCURSO
DE PASATIEMPOS del
mes de noviembre.



¡Me río yo de San Sebastián...
teniendo en casa una ducha y
JABÓN HENO DE PRAVIA!

PASTILLA 1.50

en todos los bazares, perfumerías, farmacias y droguerías de España.

PERFUMERIA GAL

MADRID

Madrid, 12 de noviembre de 1922.

ARTÍCULO DE CONSUMO

Fué durante un banquete pantagruélico cuando conocí a aquel hombre optimista, rozagante, letrouxiano; sus tragaderas llamaron mi atención de abstemio y despertaron mi envidia de hiperclorhidrómano. No pude resistir a la tentación de *interviewarlo*, como periodista que soy, y, suprimiendo las preguntas hechas por mí, traslado al lector lo que él me dijo:

«Me llamo Zenón Comas y Comas. Soy Comas por mi padre, Comas por mi madre, y, por tanto, Comas por mi abuelo y Comas por mi abuela. Vamos, Comas por todos. Nací en Potes, provincia de Sautander; soy tenedor de libros; mi mujer es Carola Lombarda, y por cierto que es más fresca que una lechuga, y me la pega con un pollo, al que voy a tener que mascar la nuez o comerle los higados. Ya sé que relatar estas historias no se le ocurre al que asó la manteca, porque a usted esto no le importa un rábano, y, por supuesto, está usted pensando en mandarme a freír espárragos.

«Muy bien: si a usted le interesa, continuaré. Mi ilusión mayor es comer y beber; en esto sigo el consejo de la filosofía popular, que dice: «De la panza sale la danza» y «Tripas llevan pies». Así es, en efecto. Créame usted: toda la historia de la Humanidad se resume en una cosa: comer.

«El género humano tiene su origen en una comida. Si Adán no se hubiera tragado la famosa manzanita, no estaría usted aquí aguantando esta lata, que lamento no sea de *foie gras*.

«Todo en la Historia es cosa de yantar. Esaú vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, inaugurando el comercio de comestibles. Jehová, para salvar al pueblo de Israel, le envió el maná. Para probar que era hijo de Dios, Jesús hizo el milagro de los panes y los peces. ¡Si sabría El que sólo por

la comida podría convencer a los mortales!...

«Por la Biblia sabemos que Sahara, la esposa de Abrahán, fué cocinera excelente y preparó por sus manos el condumio a los angelitos que por orden de Jehová fueron a visitar, en una ocasión, al patriarca. Por cierto que durante la comida Sahara se dedicó a tomarles el pelo a los enviados del Señor, y para aprovechar la depilación inventó el sabroso dulce que se conoce con el nombre de *cabello de ángel*.

«Los griegos concedían a sus cocineros el derecho de ciudadanía, y los romanos hicieron a un cocinero senador. ¡Eran muy sabios aquellos hombres!... Sólo a nosotros se nos ocurre tener senadores dispépticos, gentes a quienes tiene sin cuidado la carestía de las subsistencias.

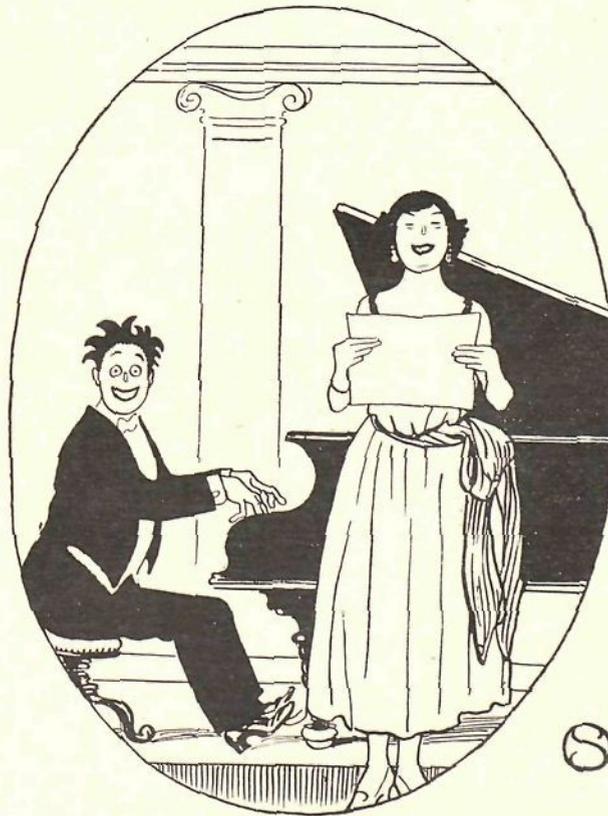
«Nada menos que el Emperador Domiciano consultó una vez al Senado de Roma cómo tendría que guisar un pez que le habían enviado del mar Jónico. Eso sí que era entender la política y no lo que hacen nuestros legisladores y municipales, que en fuerza de impuestos nos ponen las subsistencias, no por las nubes, como se decía antes de inventarse el aeroplano, sino por las regiones adonde sólo llega la mirada del señor Roso de Luna.

Cicerón, el propio Cicerón, que daba en Roma, en la plaza pública, conferencias sobre el arte culinario, inventó el garbanzo. Ya sabe usted que cícero en latín es garbanzo: por eso a su inventor le llamaron Cicerón.

«Habrá usted oído decir muchas veces: «Come como un Heliogábalo.» Y ¿quién fué ese gastrónomo? El Emperador de un pueblo feliz, que comía y bebía, y cuya ventura no puede ser sospechada siquiera en este país de famélicos.

«Y ¿qué me dice usted de Cleopatra, que para hacer entrar por uvas a Antonio, dábale vino, en el que había disuelto perlas?

«El hecho más trascendental de nuestra historia, ¿no es acaso el descubrimiento de América? ¿Por qué descubrimos el nuevo continente? Por un huevo. Sin el huevo de Colón, ni usted ni yo podríamos regodearnos con la aguanosa piña, la dulce chirimoya y el cascarudo coco. Creo una idiotez tratar de imponer respeto a los chicos nombrando tan succulenta fruta. Nada más que a un pueblo que no sabe comer se le ocurre cosa tan insólita. «¡Que viene el coco!» ¡Vamos, hombre!... ¿Y llamarle a uno cerdo a guisa de insulto?... ¿Y pez al que no sabe ni jota de nada?... En la filosofía del lenguaje está el secreto de nuestra decadencia, que, por cierto, empieza con la expulsión de los judíos, y, por tanto, de las judías. Es éste para mí el desacierto más grande de doña Isabel; pero se lo perdono en gracia a que tomó Granada.



Dib. SILENO. — Madrid.

»Lo dicho, amigo: la comida tiene más importancia de lo que muchos creen. En este pueblo no se entiende así; nuestros políticos tampoco, y nos dan a roer ese hueso de Marruecos. También es presumible que nuestros primates se hayan dicho: «A falta de pan, buenas son tortas», y hayan hecho el buñuelo de Algeciras, para que Abd-el-Krim se encargue del suministro de las susodichas, mientras exclama: «¡Magras!», cada vez que le hablan de la devolución de los cautivos.

»Lo que me apena al pensar que me he de morir es la certidumbre de que, una vez fiambre, seré pasto de los gusanos. ¡Ah, pero yo me como mis propios huesos!... ¡Con lo que me gustan a mí los huesos de difunto!...»

RIBAS MONTENEGRO

LA POLÍTICA PINTORESCA

»CONJUGUE USTED EL VERBO »IR»...»

Si a D. Federico Carlos Bas le dejan ser gobernador de Barcelona un par de meses más, concluye de una vez con la cruenta lucha que sostenían allí obreros y patronos. Tenía, para lograrlo, un procedimiento sencillísimo. Raro era el día que no mataban a un patrono a tiros. De este modo los obreros no hubiesen tenido a quién combatir, y habría terminado la pelea...

Sin embargo, el Sr. Bas tuvo que abandonar su puesto y volver a Madrid más que de prisa. Su labor, no obstante, fué fecunda. Gracias a ella, sus amigos y parientes le otorgaron de un modo

gracioso la categoría de *ministrable*. Y desde entonces, apenas se anunciaba una combinación ministerial y se veía en perspectiva una danza de carteras, el Sr. Bas se preguntaba, esperanzado y anhelante:

— ¿Me llamarán ahora?

Ocurrió que, siendo presidente del Consejo el Sr. Allendesalazar y ministro de la Gobernación el conde de Bugallal, surgió una de esas crisis parciales con que cada tres meses nos amenizan la vida a los españoles. Dos o tres ministros saltaron de esta a aquella poltrona, para que, en definitiva, quedase una vacante: la de Gracia y Justicia.

No se había hecho público el nombre del que iba a ocupar el cargo, y los periodistas tenían la natural ansiedad por averiguarlo. Alguna *corneja* del Congreso dió a los informadores una pista. «El nuevo ministro — les dijo — será un amigo de Bugallal. Pregúntenle ustedes al conde...»

Y, es claro, una nube de reporteros se fué al Ministerio de la Gobernación, se metió en el despacho de D. Gabino, y pidió a éste, con lágrimas en los ojos, el nombre del personaje que iba a ser compadre de la diosa Temis.

— No puedo — contestó el ministro, haciéndose el interesante —. La cosa no está aún acordada... Quizás más tarde...

— ¡Don Gabino, por Dios — clamaron los periodistas —, no nos tenga usted en vil! Si no el nombre, dénos usted al menos algún indicio...

— ¡Vaya! — exclamó Bugallal echándose a reír —. ¡No quiero que digan que soy impenetrable! Conjuguen ustedes el verbo *ir*, aunque sin hacer caso de la ortografía, y darán con el nombre...

Esta sibilítica insinuación sirvió a los informadores para lanzarse a hacer cábalas más o menos acertadas, y cada cual se fué a su periódico a redactar unas cuartillas en las que se explicara el jeroglífico y se apuntase la solución.

En uno de tales periódicos actuaba de un modo directo un pariente del señor Bas, quien, apenas supo lo dicho por D. Gabino, se dió una palmada en la frente y gritó:

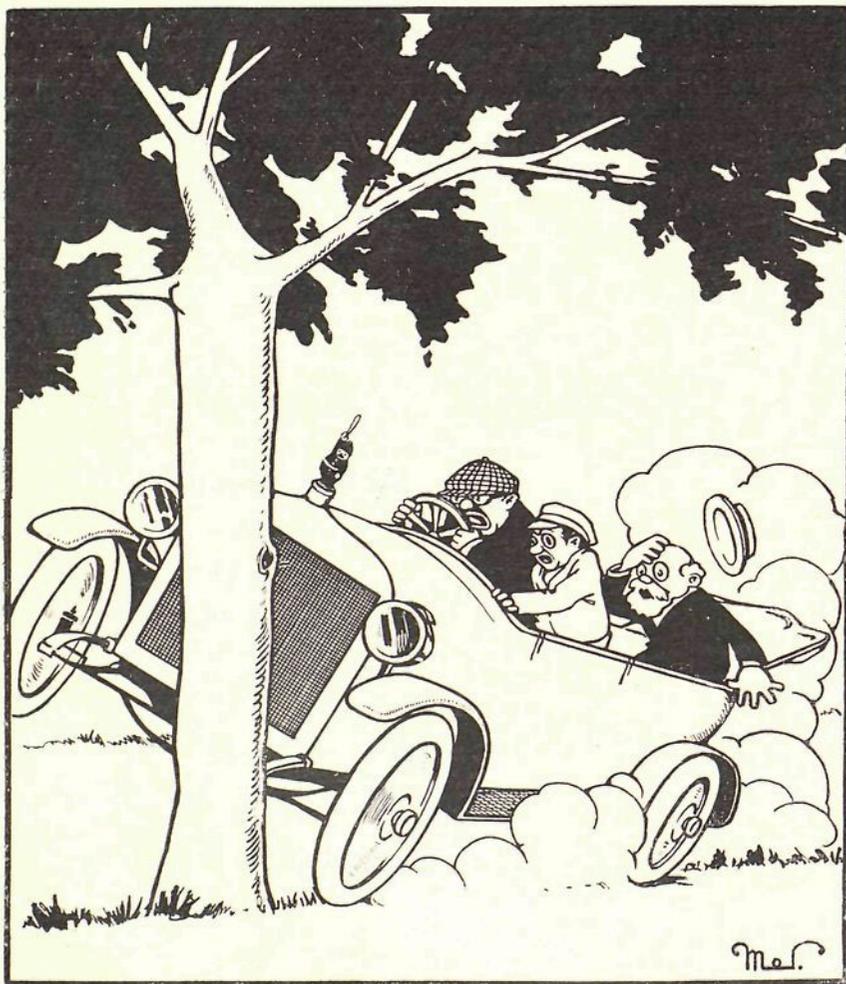
— ¡Si está clarísimo!... Conjugando el verbo *ir*, se ve que la segunda persona del presente de indicativo es *tú vas*. *Vas*, sin ortografía, es *Bas*. ¡Eureka!...

¿Habrá que decir que el improvisado *Novejarque* comunicó a toda prisa la grata nueva a D. Federico Carlos, y que éste se marchó en el acto, trémulo de emoción, a ver al Sr. Allendesalazar?

— Don Manuel — le dijo, sin detenerse a saludarle, apenas estuvo en su presencia —, me dicen que soy ministro de Gracia y Justicia, y vengo a testimoniarle mi más profunda gratitud.

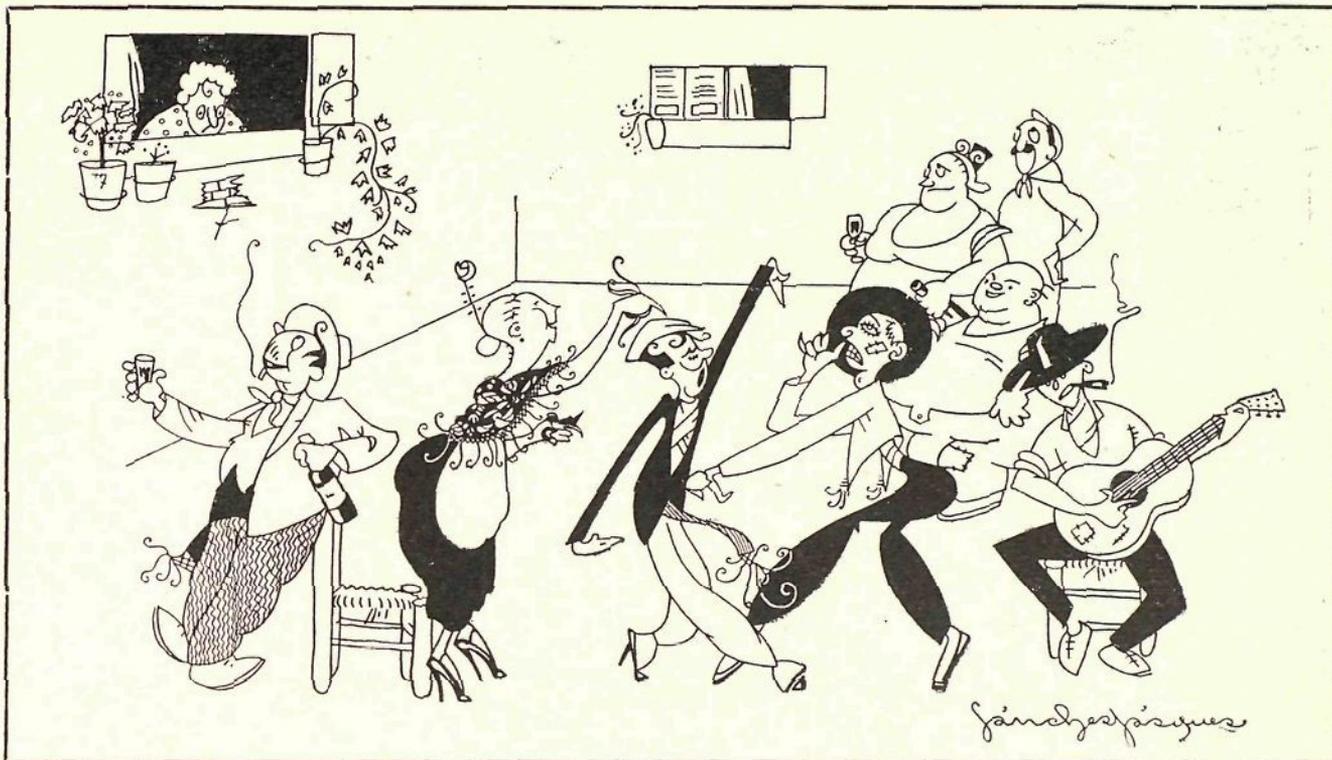
— ¿Usted? — preguntó el presidente con cierta extrañeza.

— Sí, yo... La referencia es de Bugallal... No ha dado mi nombre; pero ha dicho que se averiguaría conjugando el verbo *ir*, aunque sin ortografía... Y ya



Dib. M.E.L. — Cuatro Vientos.

— ¡No..., si ya me decía el fabricante que éste era un automóvil que iba a chocar mucho!...



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga

— ¡Hagan ustedes el favor de callarse y no armar escándalo, que hay un vecino acabando!...
 — Bueno... Dígale que cuando acabe que venga; ¡que le vamos a echar una copita!...



ve usted... Yo voy, tú vas... Bas, con be de bulto, soy yo...

— En efecto — contestó el jefe del Gobierno —, la cosa parece clara... Pero no sé, no sé... Bugallal es quien lleva este asunto... Voy a preguntarle por teléfono...

Salió el Sr. Allendesalazar, y volvió a los pocos momentos.

— ¿Qué, qué hay? — le preguntó don Federico Carlos lleno de impaciencia —. ¿Soy yo, verdad?...

— Bugallal — dijo el presidente algo confuso — me ha dicho que sí, que hay que conjugar el verbo *ir*.

— ¡Claro! — gritó radiante el señor Bas —. ¿A que es el presente de indicativo, y la segunda persona?

— Sí que lo es, sólo que en plural...

— ¿Cómo?

— En plural... No es *tú vas*, sino *vosotros vais*... *Vais*, con *w* de *Weyler*... Se nombrará ministro a Julio Wais, porque le quieren mucho los periodistas, y no por otra cosa... Y — concluyó el señor Allendesalazar sonriendo — más adelante volveremos a conjugar el verbo *ir*.

El Sr. Bas estuvo a punto de caer desmayado. Y desde entonces, D. Federico Carlos es un decidido enemigo de la Gramática...

TARTARÍN

VIDAS DE ANIMALES
 NARRADAS POR ELLOS MISMOS

EL OSO POLAR

I

He nacido en una cueva de nieve en tierras de la Groenlandia, el país de blancura perpetua. La osa, mi mamá, lleva varios días desasosegada, pues carece de noticias de mi papá, el oso. Hace algún tiempo nos abandonó mi progenitor, manifestándonos al partir que se dirigía al mar del Norte a capturar focas, que nos han de servir de alimento.

Mi mamá, la osa, se asomó esta mañana a la puerta de nuestra morada, y al contemplar con sus entristecidos ojos el paisaje helado, me indicó cariñosa:

— Hijo mío, hoy hace mucho frío. Si sales a la calle, debes abrigarte.

¡Qué buenísima es mi mamá, y cómo me adora!... He pasado la mañana muy divertido, jugando con otros oseznos de la vecindad. ¡Cuántas diabluras hicimos! Fabricando bolas de nieve, hemos organizado una gran batalla. Un amiguito mío ha resultado con la cabeza lesionada. Un pedrusco ha abierto una brecha en la blanca testa del pequeño oso. Al conducir al herido a su domicilio, su madre nos reprendió:

— Muchachos, jugad a otra cosa. ¡No

seáis salvajes! ¡Nunca debéis tiraros piedras, pues tales cosas no las hacen más que las personas!

He regresado junto a mi madre, a quien he encontrado desolada. ¡Espanto de los espantos! Hay noticias tristísimas de mi papá, el oso. Se sabe que, por medio de añagazas, ha caído en poder de los hombres, nuestros enemigos.

Mi mamá, la osa, gimoteaba:

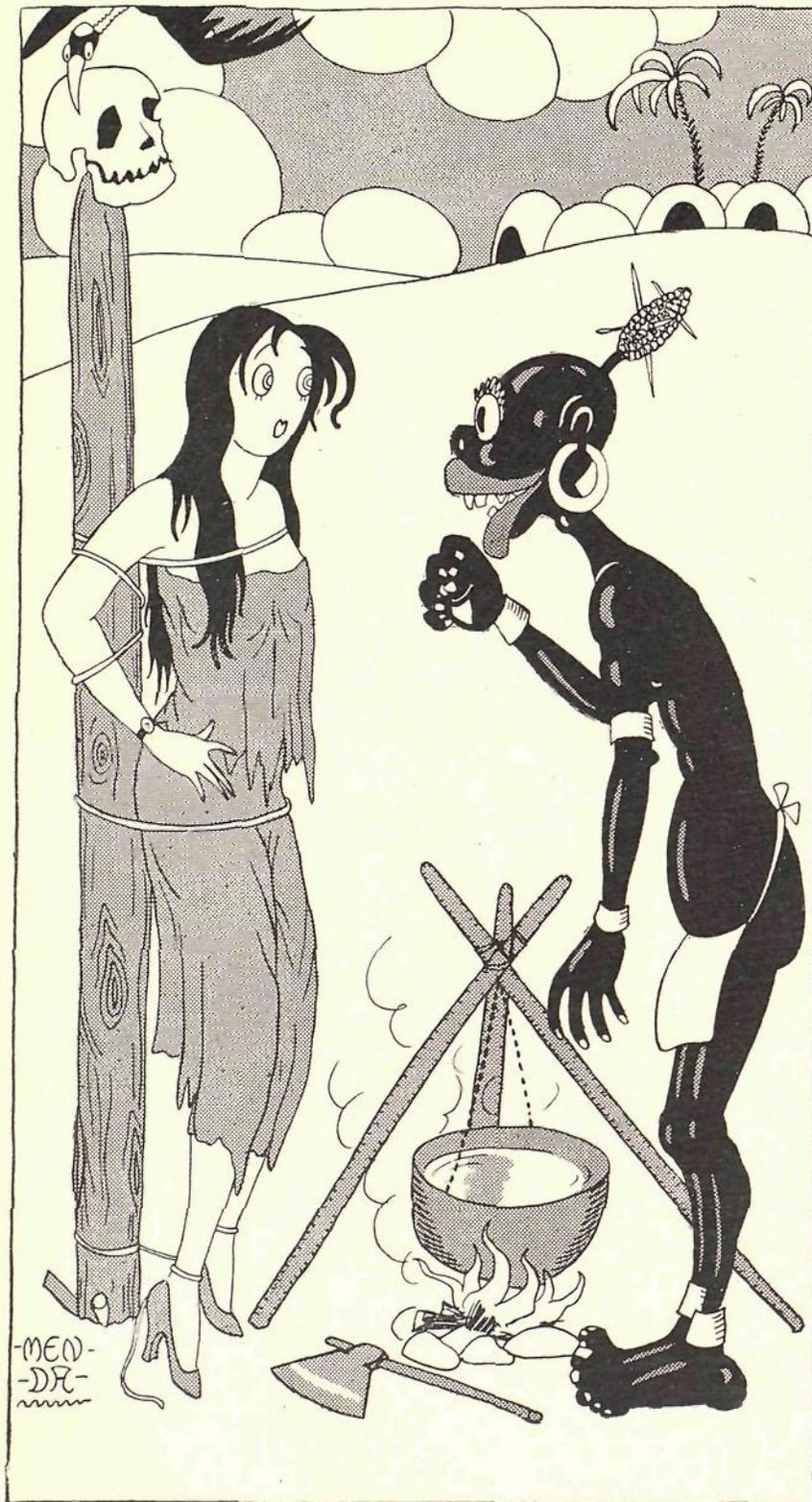
— ¡Pobre oso! ¡Pobre esposo mío! ¡Cuidado, hijo, no te pase a ti lo que a tu papá!... ¡Ya le tenía yo dicho que esto iba a ocurrir cualquier día; pero, testarudo y confiado, jamás quiso hacerme caso!... ¡Nunca te verás ante él, hijo mío; pero si, por alguna circunstancia, te encontraras en su presencia, puedes decirle de mi parte que siempre opiné que tu padre, el oso, fué toda la vida un animal!

II

Poco a poco la figura venerable de mi desaparecido padre va esfumándose de nuestra memoria... A pesar de todo, aun me parece oírle aconsejarme:

— ¡Hijo, sé formal! Te espera un brillante porvenir.

Recuerdo sus aspiraciones, un tanto audaces. Pretendía ser nombrado rey de los osos, para que, a su fallecimiento, yo ostentase sobre mi testa juvenil la



DEL DICHO AL HECHO...

Dib. MENDA. — Madrid.

EL ANTROPÓFAGO. — ¡Qué rica!... ¡Te voy a comer!...

ELLA. — ¡Las veces que me habrán dicho lo mismo en la carrera de San Jerónimo!...

brillante corona de nuestro reino... Mas, debido a su desaparición, los deseos del oso no han podido realizarse.

He llegado ya a esa edad en que el amor ataca a todos los seres de la creación. ¡Ay, el amor!... Estoy perdidamente enamorado de una osa que cuenta cuatro inviernos de edad. Su padre, terrible, atroz, impide que entable conversación con su bello retoño. Siempre se encuentra ante la puerta donde pernocta la dama de mis pensamientos, y en más de una ocasión ha solido reprendermme:

— ¡Oh! ¡Si tu padre asomase por aquí el hocico y te viera a ti, antaño tan serio, hacer el oso de modo lamentable!...

Pero yo, que soy muy obstinado en mis cosas, he conseguido entrevistarme con la osa hermosa, y hemos convenido fugarnos esta noche. Ella huirá del hogar paterno y yo renunciaré a mis derechos cerca del trono de los osos. Aquí todo nos es contrario, hostil. ¡Si; hoy, cuando la obscuridad llegue, abandonaremos estas tierras!...

III

¡Cuántas cosas ocurridas en los tres años transcurridos desde que abandoné la Groenlandia!... Al huir aquella noche caímos en artera trampa preparada por unos cazadores. Mi compañera no pudo resistir el cautiverio, y sucumbió. Yo fui transportado a otras tierras, donde me domesticaron, trabajando a continuación en diversos circos a las órdenes de un domador de fieras. Este individuo se hallaba casado con una mujer de genio terrible, que pegaba palizas enormes a mi amo. ¡Aquel hombre, que tantas fieras hubo de amansar en su larga vida, jamás consiguió domesticar a su respetable esposa!

Debido a la vida ajetreada, mi espíritu fué perturbándose y el ánimo comenzó a decaer. En poco tiempo me volví neurasténico. Mi dueño, al ver mi estado, me vendió por cuatro cuartos a unos vagabundos... Desde entonces llevé una vida miserable. Recorrí infinitos pueblos, teniendo que danzar en todos los lugares, desde el amanecer hasta que anochece. Hoy, al pasar por una calle céntrica de una importante ciudad, divisé a un individuo que llevaba, a modo de reclamo, un gran estandarte, en el que se leía: «El rey de las pieles. Calle de X...»

¡Y en el original anuncio aparecía colgada, tersa, blanca e inconfundible, la auténtica piel de mi desaparecido señor padre, convenientemente disecada!

¡Mi progenitor había sido nombrado, como ansiaba, soberano! Pero ¡ah, de qué clase de monarquía!...

Y al verme allí yo, todo un probable príncipe heredero, sirviendo de irrisión y chacota al populacho, pensé filósofo:

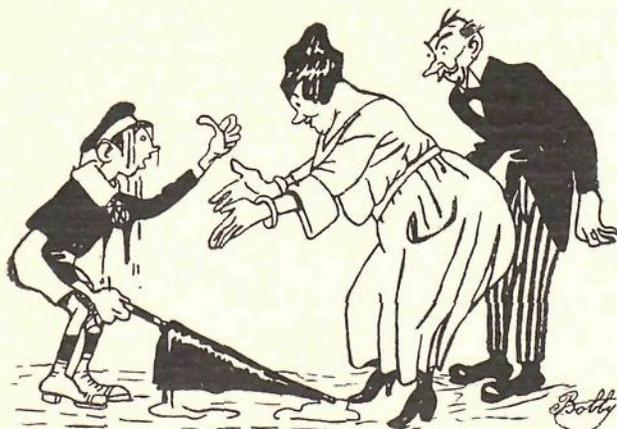
— ¡En verdad, el Destino tiene ironías muy crueles en su loco deambular!...

Por la transcripción,
Luis ESTEBAN.

¡OH "CHELITO"!...

¡Oh tú, gentil *Chelito*,
que a los hombres admiras y sublevas,
sin duda porque llevas
la eterna juventud en tu palmito.
Sirena engañadora,
nacida para dar tormento al hombre,
que pasea su gracia triunfadora
por este pueblo de inmortal renombre;
escucha, referido en forma escueta,
esto, que, sin donaire ni gracejo,
te cuenta este poeta,
que, aunque en plena vejez, no llegó a viejo...

Por lo desvergonzada y por lo bella,
cantando coplas de esas que echan lumbre,
llegó a ser una estrella
que de la fama conquistó la cumbre.
No tenía rival. Nadie como ella
derrochaba más gracia y picardía,
haciendo olvidar penas y aflicciones
cuando a escena salía,
y a la gente de gozo estremecía
con la magia ideal de sus canciones.
Nadie como ella, en sus morunos ojos,
que en el mundo jamás rival tuvieron,
logró poner más luz, más alegría,
ni hubo unos labios rojos
tan codiciados cual los suyos fueron...
Lució pródigamente sus encantos,
soberbios, admirables, tentadores,
que en los hombres más santos
encendieron instintos pecadores.
Con su variado y fresco repertorio
y la gracia gentil que poseía,
lo mismo al *pollo bien* que al vejistorio
a sus plantas rendía.
Y aunque estaban tachados de inmorales
por varones austeros y muy justos,



Dib. BOBBY. — Carabanchel.

— ¡Pero, hijo!... ¿Cómo vienes tan mojado?..
— El profesor me manda para decirles que, como
hoy llueve tanto, si quieren, me quedaré a comer en
el colegio.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Por Dios, Marcelo, procura no soñar en voz alta,
porque así no hay modo de entender lo que dicen en
la escena!...

las damas imitaban sus modales,
sus gestos y sus gustos...

Pero ocurrió que un día,
loca o voluble, la mujer aquella,
que en el mundo del arte poseía,
con razón o sin ella,
envidiable renombre como estrella;
aquella que a los hombres más castizos
con sus gracias divinas, que eran tantas,
y sus locos hechizos,
de hinojos vió a sus plantas,
temerosa tal vez de algún mal paso
al caminar por sendas inseguras,
o arrepentida acaso
de pasadas locuras,
cambió sus aficiones,
con las cuales logró tantas conquistas,
y a sus locas canciones
sucedieron alardes moralistas;
rompió todos los lazos
con aquel arte libre, y, pudorosa,
veló su escote y ocultó sus trazos
contra toda mirada codiciosa.
Y así decía pudorosamente:

— ¡Quiero ser de las buenas!
Y entonces, ¡ay!, la rechazó la gente,
porque el arte no quiere Magdalenas.

MANUEL SORIANO.

LOS HUMORISTAS POR DENTRO

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

El Sr. Pérez Zúñiga no es un humorista; pero es un literato festivo que ha escrito casi tanto como el Tostado para regocijo de unos cuantos mortales. ¡Es muy seria la festiva labor del regocijante escritor cómico!... El nos la muestra con orgullo. Y nos la muestra muy serio, además. Es muy varia su labor también. Hay libros de todos los tamaños...

En la intimidad, Pérez Zúñiga desconcierta mucho. Porque el autor de los *Viajes morrocotudos* y *Doña Tecla en Pomotú* es un señor muy grave y muy formal. Habla despaciosamente, con parsimonia, poniendo siempre en sus palabras y ademanes una gran corrección.

—¿Cuántos años lleva usted dedicado a estos menesteres? — le preguntamos.

— ¡Oh!... Desde hace mucho tiempo. Desde mi adolescencia.

—¿Cómo se le ocurrió a usted dedicarse a este género literario?

— No lo sé; por intuición. Siempre he tenido una gran facilidad para versificar; y eso, sabido por mis amigos, me obligaba a hacerles, con motivo de fiestas onomásticas, cumpleaños, bautizos, bodas o cosas así, versitos más o menos regocijantes, y por este procedimiento, un día, en casa de unos conocidos míos, hice amistad con Vital Aza. Me elogió mucho y me llevó al *Madrid Cómico*.

Pérez Zúñiga ha dicho esto sin sonreír siquiera.

— ¡Nos hemos lucido! — pensamos —. Este hombre es más serio que Bergamín; esta entrevistó para *El Cíprés Literario*, pongo por ejemplo, no estaría muy mal, que digamos; pero ¡para BUEN HUMOR, es demasiado humorismo!

Sin embargo, intentamos proseguir la charla:

—¿Usted pensó ganar dinero con la literatura.

— ¡Cal! ¡Ni una peseta! Yo lo hacía por divertirme. La primera peseta que gané fué con el violín.

— ¡Ah!... ¿Es usted músico?

— Sí, señor; terminé la carrera a los diez y seis años; después estudié leyes.

— ¿También abogado?

— ¡También, sí, señor!...

Dió un suspiro y se puso aún más triste.

—¿Con cuál de las tres profesiones ha ganado usted más dinero?

— Con la literatura.

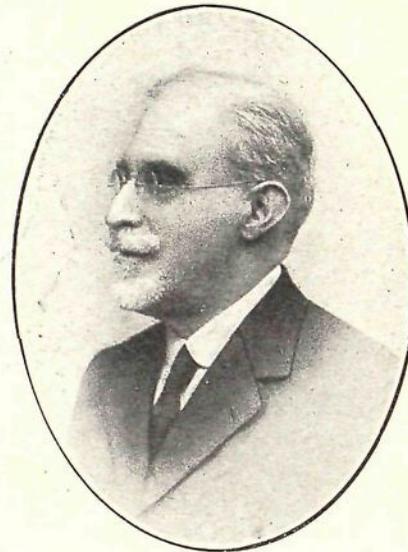
Pasó una ancha pausa. Pérez Zúñiga cree llegado entonces el momento de hacernos la consabida advertencia que a todos los escritores y gente que le visitan por vez primera.

— Usted estará sorprendido de mí, ¿verdad? A todos les pasa igual... No está en consonancia mi aspecto de hombre formal y mi conversación sosa con

mi literatura cómica; pero, hijo, ¿qué quiere usted? No es cosa de que, para no defraudar a mis visitantes, los reciba en calzoncillos, en camisita con lazos y afeitándome con una máquina de coser.

— ¡Claro; sí, señor!

Pensamos que tiene razón. Porque si este señor, con sus canas, sus gafas de oro y sus años, hiciese piruetas y cosas



extravagantes, perdería mucho su literatura, que él nos dice que es cerebral.

— Durante cuarenta y tres años he estrujado y retorcido mi entendimiento día por día. Hay quien dice que es para volverse loco. ¡No hay tal cosa! Discurso ahora como cuando tenía veinte años.

— ¿Escribe usted con facilidad?

— Asombrosa. Con más facilidad que lava una lavandera vieja.

— Dígame, en confianza: ¿le hace a usted gracia su literatura?

— Ninguna — contestó rápidamente.

Y añadió: — Y no concibo cómo hay quien se ría...

— ¿Trabaja usted mucho?

— Dos o tres horas diarias. Después voy a la oficina.

— ¿También empleado?

— ¡Mi destino!... En la Deuda. Soy subdirector...

— Y la oficina, ¿le hace a usted gracia?

— Ninguna. Palabra de honor. Pero es que aquí, en España, no se puede vivir de una sola cosa. Ni la literatura a secas, ni un empleo, ni tocando el violín, ni un bufete, por regla general, dan para vivir bien.

— ¡Habla usted como el *Eclesiastés!*... — comentamos.

Hubo un silencio breve.

— ¿Qué otras aficiones tiene usted, además de la literatura? — le preguntamos después.

— ¡La música!

— Y de música, ¿las cosas serias, o...?

— Bueno. Beethoven me apasiona. Pero aparte de este gran hombre, ¡que es muy serio!, prefiero las cosas aladas, graciosas, fáciles...

— ¿Usted es serio en todas sus cosas? — le dijimos de pronto.

— ¡Hombre!... Más que un magistrado en funciones. En la oficina, alguna vez, al dictar una comunicación, poner un oficio o dar un informe, se me han ocurrido muchas cosas...; pero, nada, nada, me he revestido de seriedad, y todo lo he hecho muy formalito...

Tras una pausa agregó:

— Y, sin embargo, esto no lo conciben ciertos señores *de arriba*. A mí me ha perjudicado mucho el llamarme Juan Pérez Zúñiga. Porque en la oficina, cuando se ha terciado destinar para un cargo de importancia y serio a un jefe, no me querían nombrar a mí. «¡Hombre! ¿Pérez Zúñiga a ese puesto?», decían. «No, no... Es un cargo de gran seriedad...»

Y tras un silencio:

— Un día, hace muchos años, firmé un informe. Al poco me llamó el jefe, que era nuevo. «Esto no tiene gracia», me dijo. «No, señor; no...», le dije yo, muy convencido. «Pues no gaste usted bromas, que le puede costar el destino», añadió. «Firme usted con su nombre y apellidos, y déjese de guasas.» «Es que soy yo, y me llamo así», le repliqué. «Pues, entonces, que firme otro compañero de Negociado eso.» Para aquel hombre era incompatible la firma mía, que sólo concebía al pie de un trabajo humorístico, con la de un informe burocrático...

— ¡La importancia de llamarse Pérez, que diría Oscar! — pensamos. Tras unos momentos en silencio, inquirimos:

— ¿Qué otras aficiones tiene usted?

Pérez Zúñiga ríe picarescamente, por primera vez. Nosotros adivinamos:

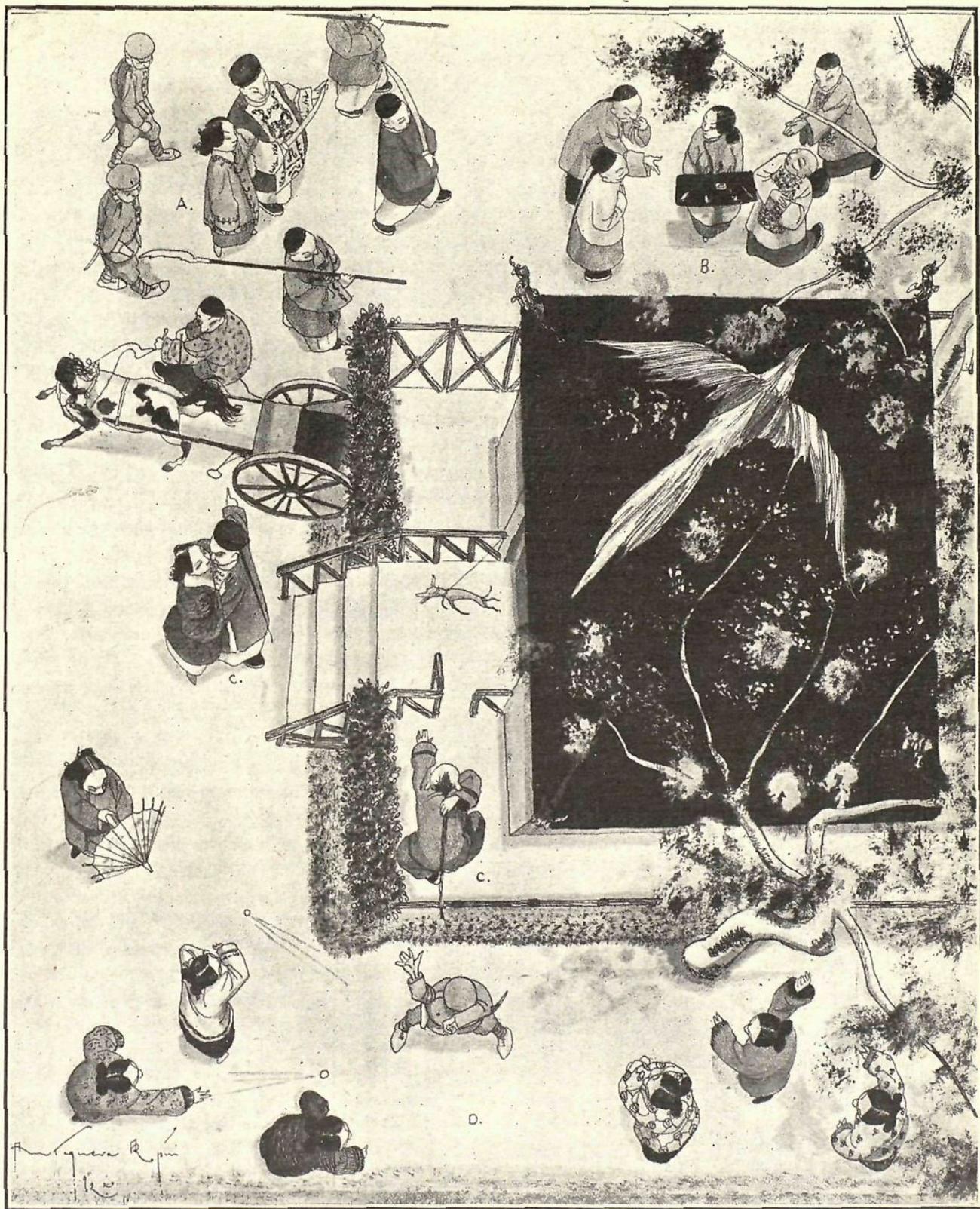
— ¿Qué, *sus cosas* hacen gracia a las mujeres también, ¿eh?...

Sonríe. Luego dice:

— Y... los dulces. Soy muy goloso. Yo trabajo con una caja de dulces al lado, encima de la mesa. Ahora me he retraído mucho, porque... padecía diabetes...

— ¡Claro! Usted no quiere tener una muerte dulce. Usted tiene que ponerse a tono para morir. Usted debe fallecer por rotura del piloso y de los intestinos. Riéndose *las tripas*... Si no, va a quedar usted, al morir, muy mal...

E. ESTÉVEZ ORTEGA



VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE AÉREO

Dib. ANTEQUERRA AZPIRI. — San Sebastián.

VII. — ESCENAS CHINAS. — A, un mandarin difícil de morder; B, una china que da el opio; C, cómo se engaña a un chino; D, pedrea de chinitas.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

"¡LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO!..."

¡Oh, las vueltas que da el mundo!... ¡Y los autores y las comedias!...

Todo el que leyere estas líneas habrá filosofado a su modo y en su intimidad sobre la exclamación nueva con que iniciamos nuestro brillantísimo y profundo artículo.

Sin excepción alguna, hombres, cosas e ideas giran de un modo constante, sin cansarse nunca, alrededor de lo desconocido o de lo que conocemos, sobre ejes morales o ejes espirituales. Y al que no da vueltas, a ése lo han partido precisamente por el eje.

Pero el anterior axioma no quiere decir que en la continua evolución y cambio de las cosas se halle siempre el supremo bien. Todo cambia, sí, todo da vueltas; mas no todas las vueltas dan por resultado una postura beneficiosa. Hay que moverse; pero no arbitrariamente, cambiándonos al azar, sino con su *conque*, como diría cualquier espectador de estrenos. En el *conque* radica el secreto del triunfo y la fórmula para no quedarnos parados por rotura del eje. ¡Ojo!

Las anteriores y atinadísimas consideraciones — que si en Madrid hubiera una noción de lo que es la Justicia, nos

valdrían los respetos y elogios que se deben a todo filósofo — nos han sido sugeridas en el estreno de *¡Las vueltas que da el mundo!...*, comedia original de los Sres. Alvarez Quintero.

En efecto. Los ilustres autores, atentos siempre a la realidad, pensaron al escribir su nueva obra que todo se mueve en la vida con una celeridad que causa pasmo aun a los más encariñados con esa idea. E inspirándose en tal criterio, no vacilaron en que las existencias de sus figuras diesen vueltas y vueltas con tan vertiginosa rapidez, que, al llegar el momento de exponerlas a la pública consideración, se encontraron con que, sólo para referir lo acaecido, eran pequeñísimos los actos de su comedia. Los hechos eran tales, que no podían desarrollarse a la vista del espectador: era necesario referirlos, y para ello necesitaban tres actos de hora y cuarto de duración cada uno.

Ya percibirían los afamados saineteros, con su notoria clarividencia, que este leve reparo que nosotros oponemos a su novísima producción pudiera ser un obstáculo para el triunfo de la comedia; empero fiados en su indiscutible autoridad, en su sólido prestigio, siguieron adelante.

¡Gravísimo yerro! Si todo cambia en la vida, no habría de ser una excepción

el público de teatros. Hoy por hoy, el espectador que paga seis y ocho pesetas por una butaca, no tiene respetos y consideraciones para nadie, por muy sevillano y muy aplaudido autor que sea. Y conste que a nosotros nos parecen comediógrafos de ley, y no «autores sevillanos».

Los espectadores del estreno bien pronto se dieron cuenta de lo que nosotros advertimos. Y como el animalito de la fábula, preguntaron:

«Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, quiero, amiga, que me digas: ¿son de alguna utilidad?»

No lo eran, desde luego. Aquellas mudanzas, aquellos cambios tan imprevistos e inverosímiles, las alternativas desconcertantes, inhábiles y feas provocaron otro trueque brusco en la actitud del público. Los que iban dispuestos a aplaudir rabiosamente, cambiaron de postura espiritual y aun material. Los pies, en sacudidas violentas, una vez cada uno, se posaron fieramente en el entarimado.

Lo que en cristiano suele decirse que constituye *un pateo*.

Una vuelta más de este mundo funesto y desagradecido, que se empeña en saberlo todo y hasta en intervenir de manera activa en la vida de los personajes de las comedias.

¿Qué otra cosa iban a hacer esos muñecos sino justificar el título de la obra?

Si el empeño de los autores fué demostrar por el procedimiento más apropiado que todos y cada uno de los morales andamos por la tierra como si llevásemos un clavo en un tacón que nos hiciera girar a la derecha y a la izquierda, según soplar el viento, los señores Alvarez Quintero lograron convencer al auditorio. Mal que pese a los descontentos.

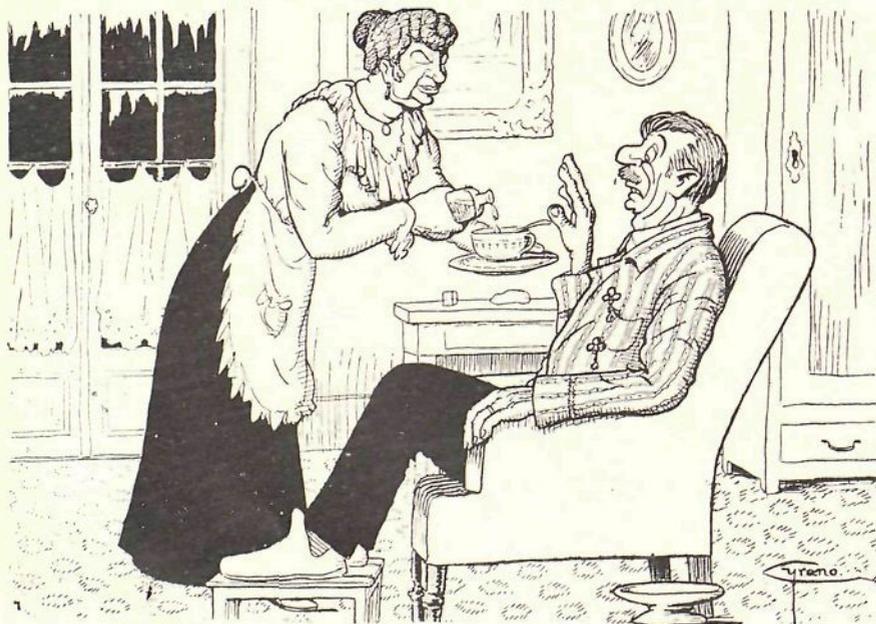
Nosotros lo afirmamos de un modo categórico.

Todo en la obra está sujeto a los cambios de que nos ocupamos, incluso la voz de Bonafé y las risas histéricas de la Sra. Alba. El carácter de los personajes, las decoraciones, las maneras de conducirse... Nosotros hubiésemos titulado la comedia *¡Ande el movimiento!*, o acaso también *Todo se mueve y se revuelve en este mundo, aunque con alguna lentitud*. ¡Porque, caro lector, la obra dura horas y horas!...

Tanto, que, para que no haya excepción en la regla, entra uno joven, lleno de ilusiones, optimista, y sale del teatro envejecido, flaco y con una neurastenia aguda...

¡También el espectador evolucionala!

JOSÉ L. MAYRAL.



Dib. CYRANO. — Madrid.

LA MUJER. — Dice el médico que con cuatro gotas al día se te aliviará el reuma.
EL MARIDO. — ¡Pero, mujer, por Dios, qué disparate!... ¡Si en cuanto caen cuatro gotas me pongo a morir!...

Los éxitos teatrales.

Inaugurando esta sección, dedicada a los grandes aciertos cómicos de la temporada teatral, publicamos una escena del acto primero del gracioso sainete, resonante éxito del teatro de la Comedia, que su autor, José María Granada, nos ha cedido amablemente.

(El jaleo de la calle se confunde con el palmoreo, los oles y la jarana que se oye en uno de los departamentos de la casa. Tumbaga escucha.)

TUMBAGA. — ¡Bah!... Riñas, esaborisio- nes... Tar ve una faca que se empapa en sangre. Coplas, una guitarra; jarana donde corre er vino. ¿Quién entiende er mundo?...

(Entra Menumento por la puerta del foro, y viene agitadísimo. Menumento es un gitano de unos cincuenta años, maestro de ladinos.)

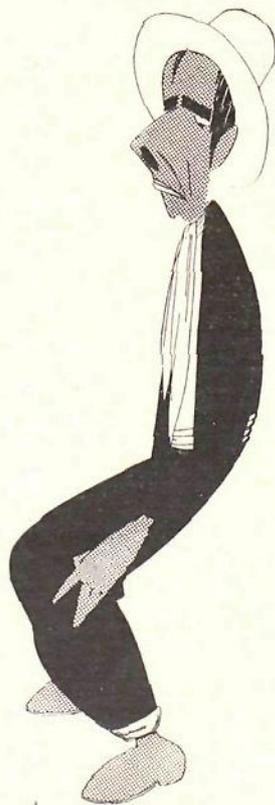
MENUMENTO. — ¡Aigual!... ¡Un vasito de agua, señó Tumbaga!... ¡Corra usté!...

TUMBAGA. — ¡Cógele tú de ahí! ¿Qué ocurre?

MENUMENTO. — Ahora se lo explicaré a usté. ¡Un horról! *(Coge un vaso del mostrador, lo llena de un tonel y corre hacia la calle.)*

TUMBAGA. — Tú, Menumento, ¡que lo has llenao de vino!

MENUMENTO. — ¡Verdá! ¡Estoy ciego! *(Se lo bebe.)* ¿Ande está el agua?



Menumento (Jesús Tordesillas).



Señá Remedios (Carmen Andrés).

TUMBAGA. — Pero ¿es posible que no sepas dónde está el agua?

MENUMENTO. — ¡Yo qué sé!... ¿Soy yo rana?...

TUMBAGA. — Llénalo ahí, en la fuente. *(Menumento llena el vaso en el surtidor.)*

TUMBAGA. — Pero ¿qué ha ocurrido?

MENUMENTO. — ¡Un horról!... ¡A una mujé le ha dao un paralis, que quiera su Divina Majestá que llegue a tiempo con el agual!

TUMBAGA. — ¡Vaya por Dio! *(Menumento va a salir. Tumbaga lo detiene.)*

TUMBAGA. — Oye, échale cuatro gotitas de aguardiente, que eso entona. *(Le alarga la botella.)*

MENUMENTO. — *(Ha tirado la mitad del agua. Con la boca ha destapado la botella y ha completado el vaso de aguardiente, bebiendo antes de la botella.)* — ¡Er perfume na ma resucita! ¡Dio quiera que llegue a tiempo!

TUMBAGA. — ¡Corre con ella!

(Cuando Menumento cruza rápidamente la escena con el vaso, se escucha dentro de la casa la voz de la Canaria, que hace una salía por soleares. Menumento se para bruscamente, y queda escuchando lleno de orgullo, mirando al sitio de donde sale la voz. La copla dice:

Aquer que siembre una viña,
que no sea junto ar camino,
porque toíto er que pasa
quiere cortá un rasimo.)

"EL NIÑO DE ORO"

TUMBAGA. — ¡Anda, hombre!...

MENUMENTO. — ¡Calle usté ahora! ¡Vaya estilo! ¡Ole! ¡Y ole! *(Mira a Tumbaga y hace movimientos con la cabeza, indicándole adonde sale la voz y guiñando un ojo.)*

MENUMENTO. — ¡Mi niña!... ¡Ahí está!... ¡La emperatri der cante na mal! ¡Húy!... ¡Bendito sea su pare, que soy yo! *(Se bebe el contenido del vaso.)*

TUMBAGA. — Pero ¿qué haces?

MENUMENTO. — ¡Ni lo sé!... Oyéndola me guervo loco.

TUMBAGA. — Y la enferma, que se muera.

MENUMENTO. — ¡Quién piensa en morir-se oyendo cantá a mi niña, que e la cúspide, er pararrayos, la luna pontificala der cante! Escúchela usté.

(Quedan los dos escuchando religiosamente, siguiendo con los ojos y las manos el ritmo de la copla.)

MENUMENTO. — ¡Ole!

TUMBAGA. — ¡Bueno, hombre!... Y a to esto, no me has dicho que ha pasao en la calle.

MENUMENTO. — Pos verá usté. Yo salí de ahí dentro a buscá a... *(Mirando hacia el sitio donde está la juerga y preguntando con gran interés:)* ¿Ha cantao?

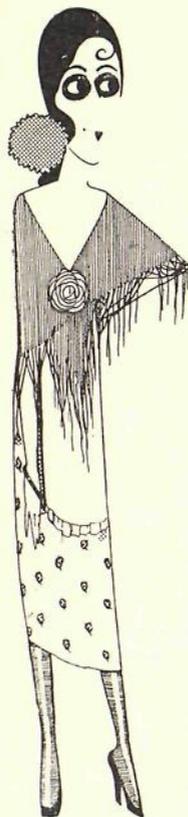


Tumbaga (Valeriano León).

TUMBAGA. — No.
 MENUMENTO. — Me parece q'ha cantao...

TUMBAGA. — ¡Que no, hombre! Sigue...

MENUMENTO. — Yo salía a buscá a Paco er Certificao, que se toca muy bien



Angustias (Aurora Redondo).

por tarantas y lo quiere sentí er padrino der bautizo. Usté ya conoce a Paco er Certificao.

TUMBAGA. — Sí, hombre. Un niño tan delicao, que no encuentra de buen tomá ni er barquillo con merengue. Sigue...

MENUMENTO. — Pos me venía sin haber dao con é, cuando ahí mismito, ar regorvé la esquina, me lo encuentro metío en una bronca, y me veo a Paco embistiéndole a su mujé, y ella, que es una mujé que estornúa y comba un plato, lo había pillao por el festú, hasta que Paco er Certificao se escurrió y de la guantá que le pegó a su mujé, se le cayó er refajo. Se liaron a darse gorpes, s'arremolímó la gente pa verlos peleá, empezaron a llové los gorpes y los gritos, y Paco Bolas, ése que es intrépite, y que venía acompañando a un inglés, aseparaba a la gente mu nervioso, y decía gritando y abriendo calle: «Hacé lao, hombre; hacé lao, que lo vea bien este señó, que es forastero...» En esto, a una mujé, der susto le dió un flato, y yo me vine corriendo a por el agua.

TUMBAGA. — ¡Vaya por Diol!
 MENUMENTO. — ¡Ha cantao? (Mirando, como antes, para adentro.)

TUMBAGA. — No, hombre, no ha cantao...

MENUMENTO. — Pensé. ¡Me tie loco! (En la puerta aparece el Cartujo, el fotógrafo.)

TUMBAGA. — ¡Er Cartujo! ¡En qué hora ha venío, cuando estoy solo, pa tené que levantarme! ¡Ayl... Anda, despáchalo tú: ponle una maceta de tinto, y no le hables, que éste no dise pío.

(Va Menumento al mostrador, llena un vaso grande y se lo sirve. Con gran trabajo, y haciendo grandes aspavientos, saca una navaja y corta una tapa de un salchichón que cuelga. El Cartujo apura el vino sin decir una palabra. Hace un movimiento de cabeza y se marcha, haciendo el mismo saludo a Tumbaga.)

TUMBAGA. — ¡Vaya con Dio er rey de los fotógrafos!

MENUMENTO. — ¡Er Señó le dé habla! No revelaría ése ningún secreto.

TUMBAGA. — Yo creo que no revela ni las placas. To er día se lo pasa haciendo viajes.

(Menumento intenta comerse la rueda de salchichón que dejó el Cartujo.)

MENUMENTO. — ¡Josú, qué sarchichón! (Lo tira.)

TUMBAGA. — A cuatro duros kilo lo he pagao.

MENUMENTO. — Y no es caro, porque tie usté sarchichón pa toa la vía.

TUMBAGA. — ¿Y quiénes estáis ahí de juerga?

MENUMENTO. — Ya los conoce usté. Mi familia, er padrino der bautizo, que e ese don Rafaé, arbañi de carreteras, por más señas, que se pasa aquí er día metío de juerga, y ese tío tan horroroso del Juzgao, y que le llaman...

TUMBAGA. — ¡Justicia Fea?...

MENUMENTO. — Er mismo... Justicia Fea. ¡Vaya motel!...

TUMBAGA. — Como que es er tío más horroroso que ha parío madre. Ya ves cómo será de feo, que pa casarse necesitó dispensa.

MENUMENTO. — ¡Vaya láminal!

TUMBAGA. — Yo fui ar casamiento, y como la mujé es también argo feuti, se movió lo grande en la iglesia. Er cura se queó mirando a los novios y dijo: «¡Que venga la pareja!...» Y ellos avanzaron; y seguía er cura gritando ar sacristán: «¡Que venga la pareja, que va a ocurrí argo grave!»

MENUMENTO. — Pero ¿los casó?

TUMBAGA. — Los casó diciendo: «¡Que Dios me perdone! Y sólo os pido que, de lo primero que venga, me guardéis uno, que me he quedao sin gato estos días.»

MENUMENTO. — A mí Justicia Fea me tie ganas; porque asín como es de feo, asín tie de retomalos los centros.

TUMBAGA. — ¡Algo le habrás hechol!
 MENUMENTO. — ¡Na, hombre, nal Que

me llevó de juicio, porque iba yo andando, y de pronto hago asín..., y miro..., y se m'había enreao una mula. Y aluego dió la casualiá de que apareció su amo. ¡Na! Bueno; pues na ma de por eso, me sacó diez varés como diez soles, sabiendo lo pobre que yo ando, que estoy siempre pasando carencias y fumándome los pitillos por d'ambas puntas. En fin, mire cómo será de avarisioso, que tos los letraos ponen en los papeles: «Y pa que conste», pues éste pone: Y pa que cueste.

TUMBAGA. — ¡Toma una copa, que has tenío gracia! Y yo otra. ¡Ayl!

MENUMENTO. — ¿Es que no está usté bueno?

TUMBAGA. — ¡Qué vi a está bueno, hombre! ¿Tú ves esto? ¡Pues verás luego! Y es que no debía de bebé. (Llena otra copa.) ¡Mardito sea mi corazón! ¡Mardita sea la...! ¡Ayl! ¡Me estoy mandando!...

Caricaturas de López Rubio.

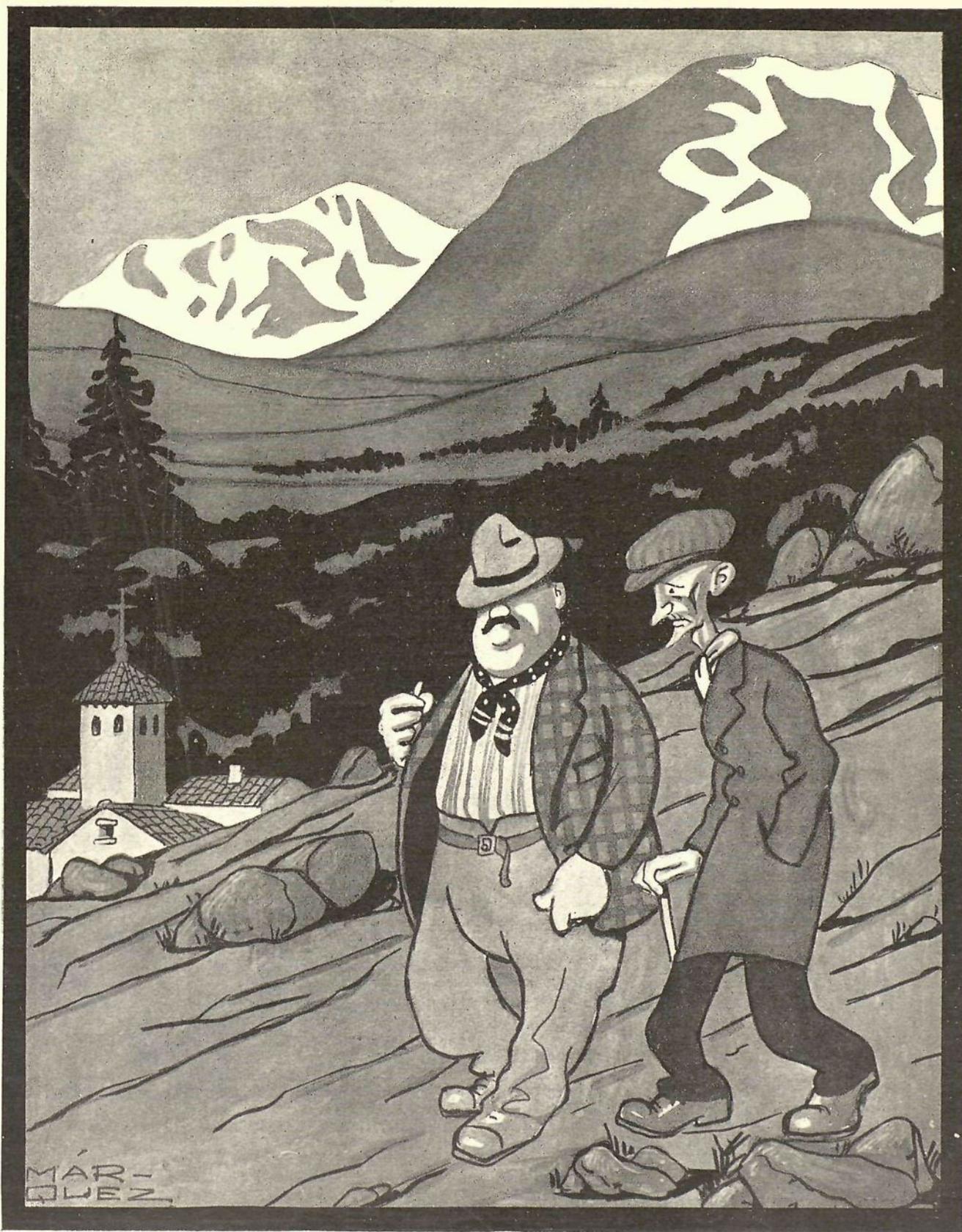


FALOMITO

Dib. PALOMINO. — Madrid.

— ¿Qué tal te resultó el golpe de la otra noche?

— ¡Muy mal, chical... ¡Si hasta las costillas que le rompí eran falsas!...

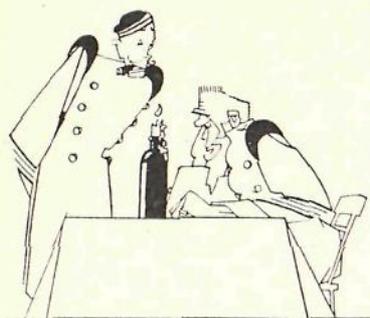


«SIMILIA SIMÍLIBUS». — Yo vivo gracias a la sierra.
— Y yo.
— ¿Está usted enfermo del pecho?
— No, señor. Soy carpintero.

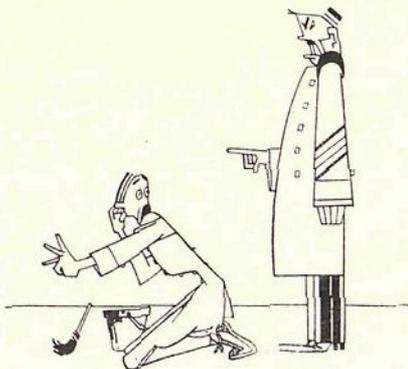
Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

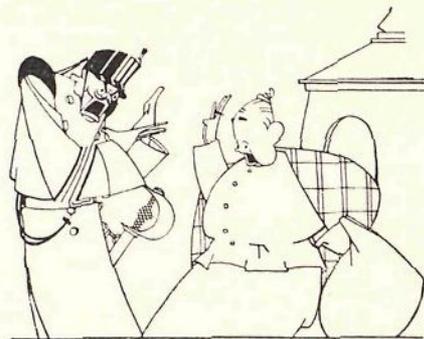
SARGENTERÍAS, por Luis Durán.



— ¿Es verdad que te casas con la «Gentil Tabardillo»?
— Sí, chico. Ya te he dicho que mi única ilusión es conseguir una estrella.



— ¡De rojo!... ¡Te he dicho que el zócalo de rojo!
— ¡Mi sargento, si no tengo rojo!
— ¡Si no lo tienes, lo pintas!



— ¡¡Le he dicho a usted que no puede pasar!!
— ¡Bueno, hombre, bueno!... ¡Ni que fuese usted el general Barrera!...

EL BUEN HUMOR DEPORTIVO

Boxeo en el Polítilo.

Yo no entiendo de deportes, y, sin embargo, voy a encargarme de esta sección en las columnas de BUEN HUMOR, cada vez más firmes. Ya digo que no creo condición indispensable para escribir sobre deportes la de entender de ellos; también el Sr. Silva Aramburu (*Aramburu*, en vasco, quiere decir *cabeza de ciruelo*), que no entiende una palabra de teatro, escribe de teatro y de todo lo que se presenta.

Para salvar las lagunas en que mi ignorancia pudiera incurrir, necesitaré, como las señoritas de la buena sociedad cuando presiden una corrida de toros, de un asesor experto, y nadie tan experto en materia de deportes como mi querido amigo Regúlez.

Con Regúlez desde ahora frecuentaré los *rings*, los estadios, las pistas y los estanques, ayudado en todo momento por su sabiduría inagotable.



Acompañado de Regúlez hice mi primera salida al campo de los deportes, en un 32 que nos depositó no lejos del Ideal Polítilo, sitio de tantos y tan románticos recuerdos para mí, donde enamoré a la primer cocinera que figura en la larga lista de mis conquistas amorosas, para asistir a la velada que la P. P. M. (Peña Pugilista Madrileña) celebró el martes 31 del pasado y debió celebrar el sábado 28.

La atmósfera del Polítilo estaba llena de humo, densa e irrespirable. Cuando este humo se disipaba, entre resquicios, podíamos ver a dos jóvenes que se golpeaban de una manera terrible. Cuando de los dos primeros se inutilizó uno, la Empresa, entre los aplausos

de la sufrida concurrencia, los sustituyó por otros dos. Uno de éstos se puso inservible, y nuevamente la P. P. M., que cuida de mantener el fuego sagrado del boxeo, los sustituyó prontamente.

El público se mostraba muy satisfecho. Ya hablaremos otro día de este público ingenuo del Polítilo. Estos dos terceros, Ramírez y Díez creo que se llamaban, se mantuvieron más ternes. Regúlez decía que hacían deliciosos *swings* y admirable *crochets*. ¡Cuando Regúlez lo dice!...

El caso es que esta vez los dos resistieron largo rato sin estropearse. Se declaró *match* nulo, y los dos púgiles se retiraron. Se los sustituyó en el *ring* por otros dos. Al cabo de unos instantes, uno de ellos se quejó de un dedo. El público gritaba:

— ¿Qué dedo?
— ¡Que lo enseñe!
— ¡A ver! ¡A ver!
— ¡No es verdad! ¡No es verdad!

Por lo visto, cuando él insistía debía de ser verdad. Cuando a uno le duele un dedo, es uno el que lo sabe, y no los demás. El dolorido joven se retiró, entre las protestas del público y la descalificación de sus compañeros. Creo que se llama Quintana. Si supiese su domicilio, mandaría a la criada a que fuese a preguntar por su dedo todas las mañanas.

Después fué el combate sensacional. Saez, el futuro campeón, según Regúlez, contra Sumba. Sería lógico que Sumba fuera el que *sumbase*; pero no, señor, fué Saez el que, según dicen, estuvo trabajando el estómago a su contrincante, hasta que este pidió la esponja, signo evidente de que se da por vencido. Me dice Regúlez que para reanimar a Sumba estuvieron un cuarto de hora aplicándole sales a la nariz. Yo compadezco al pobre Sumba, y le aconsejo que se dedique a otra cosa menos arriesgada. Bien puede ver él que el público del

Polis no le estima en mucho, cuando aplaude cada vez que le arrean un puñetazo y se deshace en alaridos cuando su contrario lo deja maltrecho en una silla. Diga que, a costa de sus narices, ¡los divierta Rita!



Respecto a la noche del sábado 4, ya me dió a mí en la nariz lo malo que era el programa.

— Anda, vete tú — le dije a Regúlez —, y luego me lo cuentas.

Así fué. Yo esperé a Regúlez en una chocolatería.

¡Había que ver a Regúlez, cómo vino de indignado!...

— Es un escándalo — decía —. Debes meterte con la P. P. M. Se ha traído para luchar con Solinis, que está cada vez más malo en todo, en todo, y cada vez con más *pose* — una *pose* horrible —, a un catalán — los catalanes son lo más serio que tenemos en boxeo —, a Martucci, que es de menos peso que Solinis, para contrarrestar el peso *walter* de éste con la superioridad científica de aquél. Ese es el truco de la Empresa. Martucci sabe más que Solinis. ¡Horrores! Martucci ha venido engañado. El partido Mak Roger-Cano fué otra cosa parecida. Vale más Roger, a pesar de ser tan bailarín. ¡Un escándalo!... ¡Y aquellos tres golpes bajos de Balúel!... ¡Un escándalo!...

Estaba indignadísimo.

— ¿Arbitró Bautista? — le pregunté yo.

— Sí. Bautista es el mejor árbitro de España. ¡El mejor!

Esto decía Regúlez, y yo lo hago constar, aunque no sea más que porque Bautista es hermano de un amigo mío. Pero ¡cuando Regúlez lo dice!...

AQUILES

PROGRAMAS EL TANGO EN EL CASINO DE MADRID

Para F. Sánchez Eznarriaga.

Seguramente, sólo quedaron en sus puestos de costumbre los irredimibles: en la saleta de ajedrez, el duque de T'Serclaes, mascando el puro y animando a los caballos con frases pintorescas y miradas gitaniles, como si el prócer se hallase en la feria de su tierra jerezana; en la biblioteca, un señor gordo y anciano, que se ha dormido en un butacón — metamorfosis mobiliaria de la vaca, que conserva las patas y la piel de la res, y hasta el espíritu, a cargo del honorable personaje que ronca —; en el *Casínillo*, la serie de habitaciones íntimas que forman como un pisito de soltero al margen del palacio, con sus alfombras, sus chimeneas y su escritorio particular, refugio de los antiguos, Gerardo Láncara, con sus gafas de memorialista, y rechazando el relato de Joaquín Tenorio — que en su juventud llamaban D. Juan —, la historia de un águila que acude a comer a la mano; en el bar, el marqués de Astorga, testa marfileña a lo D'Annunzio, y Modesto Franco, siempre con cara de acabar de recibir una sorpresa, por ejemplo, la que se lleva un jugador con la treinta y una; pero los echa un yanqui de esos larguiruchos y desteñidos y con un traje desteñido y larguirucho, que todas las tardes dedica un par de horas a pasar rollos en la pianola, eligiendo las óperas...

Desiertos los tresillos, los billares, las cajas, los reservados, la peluquería, el gabinete de la manicura, etc. Únicamente en uno de los baños, alguien, entregado a la delicia del agua tibia y aromática, vive ajeno a la realidad, canturreando con voz de bajo y de tiple, y luego imitando todos los instrumentos de la orquesta.

En cambio, no se cabe en el *hall*. En torno a la pista, que se improvisó con un linoleum recio y oscuro, dos, cuatro filas de espectadores, en sillones de bejuco o en pie. Y emergen del anfiteatro las bolas de los laureles de maceta que decoran el patio, y a cuyo amparo evocador cada crepúsculo celebra el reformismo sus nuevos diálogos platónicos, iluminando el corro de los devotos extasiados la faz de D. Melquiades, su rostro de estallido.

Gente asomada a los balcones del comedor de arriba y del bajo, como en palcos. Y otros *clubmen* se sentaron en los dos o tres peldaños de las puertas. Pero donde más destaca la muchedumbre es en la escalera, que recorta en el aire sus contorsiones de titiritero desarticulado del circo y que con sus oleajes de chantilly escultórico forma un arco de triunfo, aunque cavernario, al guardarropa, con sus gabanes colgados, vaga remembranza de la oscense cueva en que don Ramiro iba degollando a los cortesanos,

que, uno a uno — como se cuelgan y se decapitan los abrigos — llegaban al terrible lugar. Sus barandas se encuentran pobladas como de golondrinas los hilos del telégrafo, y consiéntenos este recuerdo casi idílico que motivó la presencia de Darío López, el galán joven de la banca, silueta por la que suspiran las becuerianas. A decir verdad, la aérea masa blancuzca, ennegrecida y



roída por la muchedumbre, semeja un papel pringado en que cayeron las moscas. Conste que se refiere el símil a la impresión gráfica. ¡No vaya algún hidalgo a amoscarse!...

Ninguna de las tertulias consagradas, y que convierten el de Madrid, y cualquier otro Casino, en el conglomerado balkánico de tan difícil equilibrio, negó su concurso. Los jubilados que se reúnen junto al radiador y los bolsistas y arquitectos de enfrente, los extremos del conservadurismo y las rebeldías radicales. El coro solemne de los que exclusivamente consumen bicarbonato se instaló a sus anchas, habiendo podido acudir temprano; y no como los atolondrados, que siempre tienen venganzas que cumplir contra la bolita de marfil,

y se les hace tarde, cuando no se quedan con el billete de los toros o el teatro en el bolsillo, porque se complicaron las circunstancias. Por una vez, no rivalizan los distintos grupos sino en mostrarse satisfechos, y se fusionaron en la homogeneidad de sentirse igualmente privilegiados. Constituye un enorme tribunal el público privado, y espera, descubierto, fumando y con una maliciosa sonrisa...

Maliciosa sonrisa que insinúa y define el magnífico Cabrera; testa de legendario mandarín chino; marfil de carne ya sexagenario, y que sin pelo y sin barba, y con unos lentes como tapaderas de *acuarium*, y cogiendo con tenacillas el cigarro, y nunca desabrochada la chaqueta, ya con su aspecto revela su aislamiento en sí mismo, desde el que dispara sus juvenalías. Al lado suyo, otra máscara orientalista, la de Madañariaga, roja, con los ojos oblicuos, bigotillo caído y chota rala, mandarinesco también, congestionado y bonancible. Y siguen las carátulas asiáticas. Mirad al financiero y ex ministro Maestre. Abunda en el Casino el orientalismo, con diversas apariencias. La barba asiria del Dr. Decreff, la majestad de gran visir del maestro Comenge, la palidez corba y rabinica de Mazas, el acaudalado coleccionista. Y ese supremo D. Ulpiano Díaz, que para ocultar su ingénita bondad se disfraza de horrible deidad javanesa.

En un rincón se instalaron los músicos de Galindo, que ha injertado el tzigano en el *jazz-band*. El violín desliza su arco, no por las cuerdas, sino por los nervios de madame Histeria, y a su reclamo surgen en el linoleum los anhelados bailarines. La pareja *Miss Tina and Gherardy*, famosos danzantes de salón. La escasez de fluido rebaja discretamente las luminarias, y en su penumbra dorada flotan los armoniosos muñecos, opaco él en su afectación británica, delgado y sombrío como un paraguas plegado, y ella radiosa, con sus cabellos rubios en melena de paje, y con su amplia y luenga túnica de crespón amarillo, color de la hora del té, que, aleteando, se ciñe al cuerpo, modelándolo con la agudeza del pecho, con el surco en las piernas, como las telas de una Victoria en la proa del navío de los griegos...

Su beldad de hotel cosmopolita entornaba los párpados, entreabría la boca — brillaba un diente como una gota de rocío —, y sus brazos se transparentaban en el tejido sutil, ramas de rosál envueltas en papel de seda.

Miss Tina y Gherardy bailaron todas las cabriolas, todas las languideces, todas las locas virginidades del repertorio mundano. Y en el silencio se remansaban las cadencias voluptuosamente.

He ahí la orgía a que se ha abandonado el Casino después de tantos años de ser un panteón solemne. Gravitaba en la atmósfera la tradición de seriedad. Diríase el sesudo conclave de personajes con sus ropas oscuras, una nueva asamblea de moralistas a la que la juventud desenfadada sometía a juicio las danzas modernas, las escabrosas, las pecaminosas.

No hubo paso del camello. El ochentón y amuchachado Gutiérrez Gamero, de la Real Academia Española, en contraste, echó de menos uno de aquellos vales alados que arrebatában en la Alemania de su tiempo. Ferreritas y el pintor Benedito, los pollos honorarios, pensaban en el shimy, el baile del escape eléctrico.

Un gedeónico vizconde dijo:

— Arte, arte y poesía, ¿verdad?

Don José Millán Astray, con sus cien mil arrugas, que son cien mil sonrisas de raposón gallego, contesta:

— Si declaramos gran violinista a Bol-di, delicioso explotador de la banalidad, ¿qué dejamos para un Kreissler, o para un Quiroga o un Bordas? — Añade: — ¡No vayan ustedes a decir que no nos ayudamos los paisanos!...

Interviene un espontáneo:

— Yo prefiero a Pastora Imperio y Antonia la Argentina...

En seguida, Cándido Gorostidi, que se manifiesta con oportunidad y exactitud, como un cuco de reloj:

— La Argentina, que los poetas llevaron a bailar en la cátedra del Ateneo... Y con razón, porque de la Argentina ha dicho Benavente que sus ritmos podían acompañar versos, como el pulso de una magnífica belleza romana ordenaba los exámetros de las Elegías de Goethe...

En esto, disolviéndose ya los círculos, se presenta en el más nutrido Natalio Rivas, que se ha quitado el bigote, diremos parodiando a la novia de la comedia quinteril.

Y exclama feliz y con su voz baja para que oigan todos:

— Acaba de nacerme un nietecillo...

Un varón...

— ¡Norabuena!...

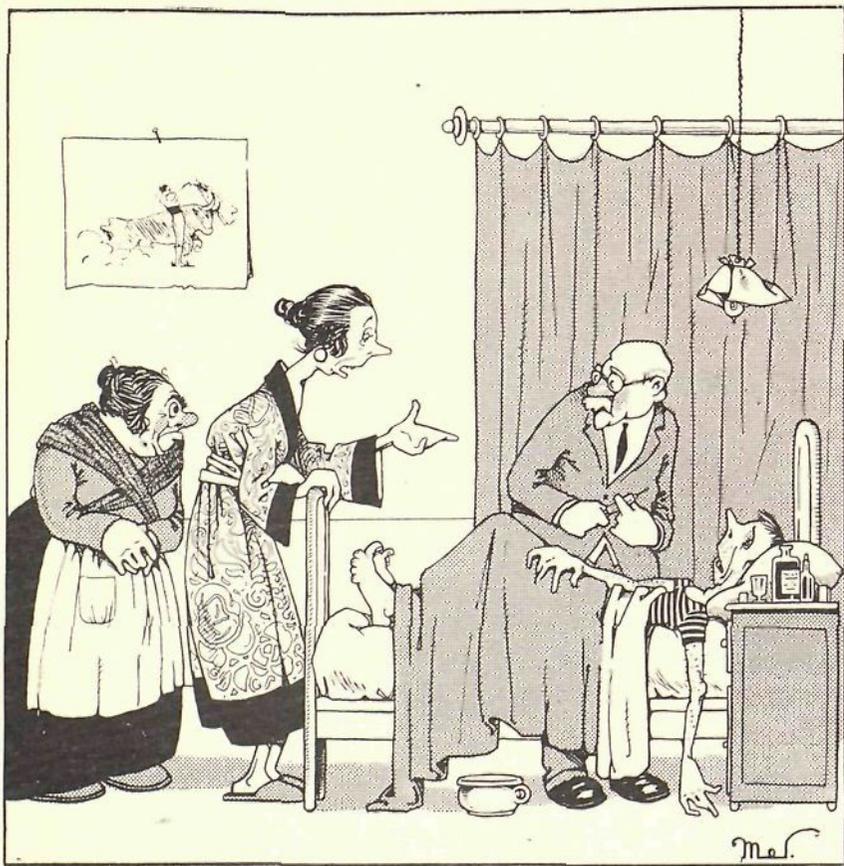
— ¡Norabuena!...

Siguen las firmas...

Y así, la fiesta y la crónica mundanas terminan con una noticia de sociedad.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.

Dibujo de Barbero.



MÉDICOTAUINA

Lib. MEL. — Cuatro Vientos.

— Don Aquilino... ¿Otra vez?...

— Señora, a mí no tiene usted que darme ningún aviso...

— ¿Cómo no?... ¡Si ya le ha dado veinte pinchazos lo menos!...

TITIRIMUNDILLO

Entre amigos.

— Son muy bonitos estos trajes que te han mandado del extranjero. ¿Qué es esto que les cuelga?

— Los marchamos de las Aduanas.

— ¡Ay, qué gracia! Entonces, nosotras somos de Aduanas.

— ¿Por qué?

— Porque también nos marchamos.

«Los que pretenden monopolizar la voz de la Agricultura.»

Pero ¿las coles tienen voz?

¡Nos gustaría tanto oír cantar a las lombardas, o pelearse a gritos a la cebada con el trigo!...

— Ama, vistase, que vamos a salir.

— ¿Lloviendo? ¡Imposible, señorita!

— ¿Por qué?

— ¡Porque yo soy ama seca!...

A un pescadero que llevaba treinta y dos kilos de meros, le robaron seis.

¿Que por qué no le robaron los veintiséis restantes?

Porque se conoce que éstos iban de meros... De meros espectadores.

Y es lo que el pobre hombre diría:

— ¡Meros mal!

Hemos visto dedicados grandes elogios al régimen bicameral.

Suponemos que será el dormir en dos camas, y, la verdad, eso da lugar a ciertas interpretaciones...

Porque por menos se llama juerquistas a algunos.

Ha dicho el subsecretario de la Presidencia: «La vida es amable.»

¿Si, eh? Pues pídale usted mil pesetas en cuanto deje de ser subsecretario, y verá la amabilidad... y cómo se queda usted sin las mil pesetas.

En la Diputación se habló de que el negocio de la plaza de toros es un negocio redondo.

¡Naturalmente! ¿Se ha visto alguna plaza de toros cuadrada?

— ¿Has leído la lista de la compañía del teatro Real? La mayoría de los cantantes son rusos.

— Se trata, por lo visto, de una compañía de abrigo. ¡Como va a actuar en invierno!...

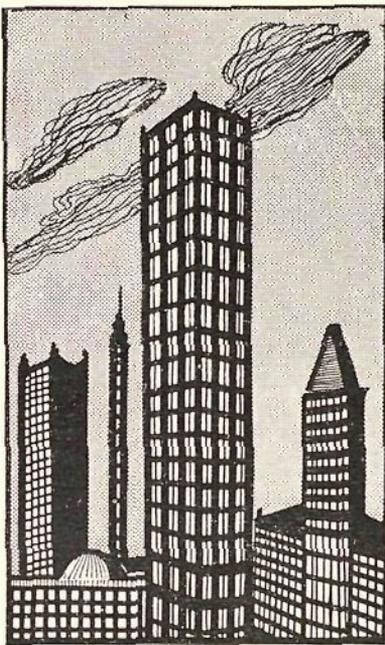
«La última moda en smokings es el color ciruela.»

¡Preciosísimo! Pero ha de ser ciruela con hueso y todo.

El hueso es la cuenta del sastre.

«El comerciante Sr. Comas denunció a su apoderado, que se llevó unas 180.000 pesetas.»

No vemos el motivo. ¿No dice usted que era apoderado? Pues de algo tenía que apoderarse.



El detective sintió el chasquido metálico, y aun creyó haber oído una rotunda interjección callejera de terminación eminentemente vegetal.

Y cuando se encaminó hacia la armadura, en ésta, a consecuencia del brusco tratamiento sufrido, algunas piezas se habían desprendido, dejando ver en pintoresco contraste la cabeza y el busto de Ludovico al natural, es decir, con traje de etiqueta, y el resto embutido en la férrea vestimenta.

Picantton comprendió que allí estaba el enigma del robo, y apoderándose del joven, ya vimos cómo le condujo al salón.

Ludovico no opuso la menor resistencia, tanto por la sorpresa que todo aquello le producía, como por confiar sobradamente en que pronto habría de explicarse todo de modo satisfactorio.

Ya en el salón, y antes de que pudiese tratar de averiguar lo sucedido, fueron descubiertas las joyas en su poder, y esto sí que le desconcertó, hasta el extremo de impedirle pronunciar una palabra.

Sólo nos resta por aclarar lo referente a la huida de Ludovico.

Dijimos al final del capítulo anterior que el prisionero y los agentes que lo conducían debían cruzar la sala de billar por el estrecho paso que quedaba entre la gran cantidad de muebles amontonados en esa habitación.

Fanny — la encantadora hija del millonario e inventor mister Reventson —, que había salido del salón, después de afirmar su confianza en la inocencia de Ludovico, supo aprovechar aquella circunstancia.

Se escondió tras una de las puertas que comunicaban con el billar — aquella más próxima al botón de la luz —, y esperó la llegada del prisionero y sus guardianes.

Cuando estaban en el centro del billar,

BECHAMEL JUEGA A LAS DAMAS

Novela de aventuras, por Luis Manso.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Robledano.

(CONTINUACIÓN)

apagó la luz, dejó caer — calculando la distancia — algunas sillas delante de los policías, y acercándose rápidamente al joven,

— ¡Huya! ¡No hay tiempo que perder! — le dijo —. Ahí van las señas de mi nodriza: 199, Puddinshot Street. Un refugio seguro... Piso segundo; hay ascensor y luz eléctrica — agregó, a tiempo que colocaba una tarjeta en la mano de Ludovico.

Este desapareció entre las sombras del parque, y cuando reapareció en la calle y los policías emprendieron su seguimiento, tardó poco en hallar el escondite recomendado por miss Fanny, en el que logró entrar sin ser visto por sus perseguidores.



No se hablaba de otra cosa en Nueva York. La calidad de la casa donde se había cometido el delito, la significación de la persona robada y del ladrón, la forma misteriosa que tuvo éste de desaparecer, constituían el comentario obligado.

Mientras tanto, Ludovico, oculto en su camaranchón, en la casa de la nodriza de miss Fanny, vivía solícitamente atendido, pero en un continuo sobresalto, no por él, que tenía la fe de su inocencia, sino por aquella bondadosa y atenta mujer, a quien quería evitar el disgusto de ver registrada su casa por la Policía, y complicada más tarde en las declaraciones y molestias que le ocasionaría el ser descubierto.

A punto estuvo de presentarse en la Comisaría más cercana; pero los consejos y ruegos de gentes prudentes — entre ellas miss Fanny, que, recatadamente y con pretexto de ver a su antigua nodriza, le había visitado — estuvieron de acuerdo en que, aun siendo inocente, la mayor desdicha que podía ocurrirle era caer en manos de policías y Justicia.

Sólo le quedaba un recurso: huir de Nueva York. Pero ¿cómo, sin exponerse a ser detenido?

Fanny lo tenía resuelto. Pidió papel y pluma. «¡Ya he encontrado el medio!», dijo, y escribió unas líneas cuya lectura produjo estupor entre los circunstantes.

Decía así: «Se necesita una nodriza, joven y negra, en buen uso, para Longuecity, Los Angeles (California). Inútil presentarse sin buenas recomendaciones y sin el grado de bachiller. Buen sueldo y jubilación. Dirigirse a Credulity-Street, 1,234-HP.»

— Esto se publicará mañana en dos o

tres periódicos importantes — dijo paseando su mirada por los asombrados oyentes.

— Usted — señaló a Ludovico — saldrá mañana mismo por la noche en el New-York Pacific Railway, disfrazado de mujer negra; y para el caso de infundir sospechas, llevará usted recortado el anuncio y una carta de una imaginaria persona de Credulity-Street para otra persona imaginaria de Longuecity. Así estará a cubierto de todo percance.

Todos los presentes alabaron el ingenio y previsión de Fanny, y en cuanto a Ludovico, era tanta su gratitud y emoción, que, clavando una rodilla en tierra frente a Fanny, iba ya a exclamar:

— ¡De rodillas y a sus pies!... — cuando la puerta se abrió, apareciendo mister Reventson.

Todos se volvieron hacia él, un poco asustados por la actitud que pudiera adoptar.

— Lo he oído todo — dijo con voz grave —, y estoy satisfecho de tu conducta, hija mía. — Avanzó hacia ella y la besó bajo el rizo que cubría el centro de su frente —. La conducta de mi hija es una prueba plena de que usted es inocente, y siendo así, cuente con mi protección — dijo a Ludovico —. Tome esa cartera para gastos de viaje — agregó entregándole una al joven —. Además, le daré una carta de recomendación para un antiguo amigo emigrado hace muchos años en los alrededores de Longuecity. Creo es hombre rico, y podrá ayudarle. Mientras tanto, sus amigos de aquí trabajaremos por que se descubra al verdadero autor, y ello equivale para usted a su mejor rehabilitación.



Estamos frente «Al Búfalo juerguista», uno de esos grandes establecimientos de bebidas, de juego y de placer que tanto han popularizado las películas norteamericanas.

En uno de los días más animados, en que el vino y los licores corren a torrentes y el dinero a raudales, un joven que denotaba a simple vista no pertenecer a aquellas regiones, cruzó resueltamente el local.

Al llegar junto al mostrador, uno de los echadores le dirigió la pregunta de ritual:

— ¿Qué va a ser?

El recién llegado, a esta interrogación replicó con otra:

— ¿El patrón?

— Aquel del rincón, el que está fumándose un puro con sortija dorada.

El joven se dirigió hacia la persona indicada.

Iba lentamente, para examinar mejor el extraño aspecto del propietario de «Al Búfalo jueguista». Se trataba de una persona cuya edad resultaría difícil fijar de primera impresión. Se le podían calcular de veintiséis a sesenta y un años, con iguales probabilidades de acierto. No sucedía lo mismo con la expresión de su fisonomía. Todos estaban conformes en asegurar que era desagradable, antipática, a pesar de la relativa corrección de sus facciones.

Era más bien alto, fuerte. El bigote lacio, caído, ocultaba un poco el gesto desdenoso de su boca. En el momento en que lo presentamos, su indumentaria consistía en un amplio sombrero verde novela, con una correa substituyendo a la cinta; una levita café aguado, con botones y trencillas azul eléctrico; un chaleco cerrado hasta arriba, una chalina grosella a medio madurar, unos pantalones oscuros y botas de montar.

Completaba el atavío una enorme cadena de oro y un par de pistolas asomando por debajo del chaleco.

Tal, a grandes rasgos, el hombre con trazas de apóstol futurista o de profesor de esperanto a quien Ludovico — no era otro el joven recién llegado — saludó al llegar junto a él:

— ¿Es usted el dueño?

— Sí — dijo el otro, paseando su mirada glauca e indiferente sobre el joven.

— Esta carta...

El patrón tomó, un poco bruscamente, la que le tendía el joven.

Leyó pausadamente, con dificultad; una vez terminada la lectura, exclamó:

— ¡Bien, bien! ¡Vaya con Reventson!... Un poco tímido; pero inteligente. Me acuerdo de su famoso invento cuando apenas tenía doce años: un colador para el café... — Todo esto fué dicho como si se hallase solo. Volvió a fijarse en el joven —. Así, que usted... ¿Ludovico...?

— Bechamel.
— Ludovico Bechamel, ¿quiere algún trabajo?

— Sí...
— Bueno — se encaró con el pretendiente en forma brusca —; lo único que te puedo ofrecer es ayudante del que sirve las copas...

Ludovico se tuvo que apoyar en una columna; frunció las cejas, tragó saliva, miró a todas partes, y «¡Acepto!», dijo al fin, sin mirar al que desde aquel momento era su amo.

— Te daré la comida, dos dólares por semana... y un puntapié si no te portas bien. El trabajo es un poco duro: de seis de la mañana a cuatro de la madrugada; pero todo es acostumbrarse.

Mordió el puro, e hizo señal a Ludovico de que podía retirarse.

Ya se iba el joven, cuando el patrón le llamó de nuevo:

— Es necesario que te haga una advertencia. Aquí vienen hombres terribles, verdaderos valientes, entre los cuales se suelen armar tremendas peleas... Tu conducta en esos casos debe ser: oír, ver, callar... y esquivar una bala, si te pasa muy cerca. Nada más. Puedes ir a tu puesto...

Y Ludovico, con chaqueta blanca y las mangas levantadas, empezó desde aquel

momento el rudo aprendizaje necesario hasta familiarizarse con los diversos brebajes y poder servirlos con la presteza necesaria y las peculiares condiciones que algunos requerían.

El carácter del joven fué tornándose triste, sombrío.

¡Qué diferencia entre el mimado danzarin de los suntuosos palacios de la Quinta Avenida y este pobre confeccionador de vermutes!

«¡Si Fanny pudiera verme!...», pensaba angustiado el desdichado joven. Y, sin embargo, esa Fanny era su recuerdo, la bella imagen querida, lo único, ¡ay!, que le servía de consuelo.

¡Cuántas veces siguió oprimiendo el sífon — una vez lleno el vaso sobre la manga de un parroquiano por la aparición grácil, alada, de la encantadora joven! ¡Todo le hacía recordarla!... ¡Si servía una copa de menta, añoraba los ojos verde musgo de la amada; si un refresco de grosella, se le aparecían los labios bermejos del ser querido; si un vaso de leche más o menos helada, el albo cuello de su prometida!...

Algunas veces su aflicción fué tanta, que tuvo que ocultarse bajo el mostrador, y allí, abrazado a un bidón de cerveza dorada — como el cabello de ella —, lloraba, lloraba..., hasta que la bota del amo le volvía a la realidad, a la realidad, más amarga que la cerveza...



Las disputas eran frecuentes. Al principio, Ludovico, familiarizado con escenas semejantes vistas en el cine, no las concedió mayor importancia. Pero una bala que en mala ocasión le dejó sin lumbre el cigarro, otra que en cierta oportunidad le volvió del revés el cinturón, le convencieron que aquellas bromitas bien podían considerarse entre las pesadas. Y eso que todavía no había conocido lo mejor, o lo peor, en ese género.

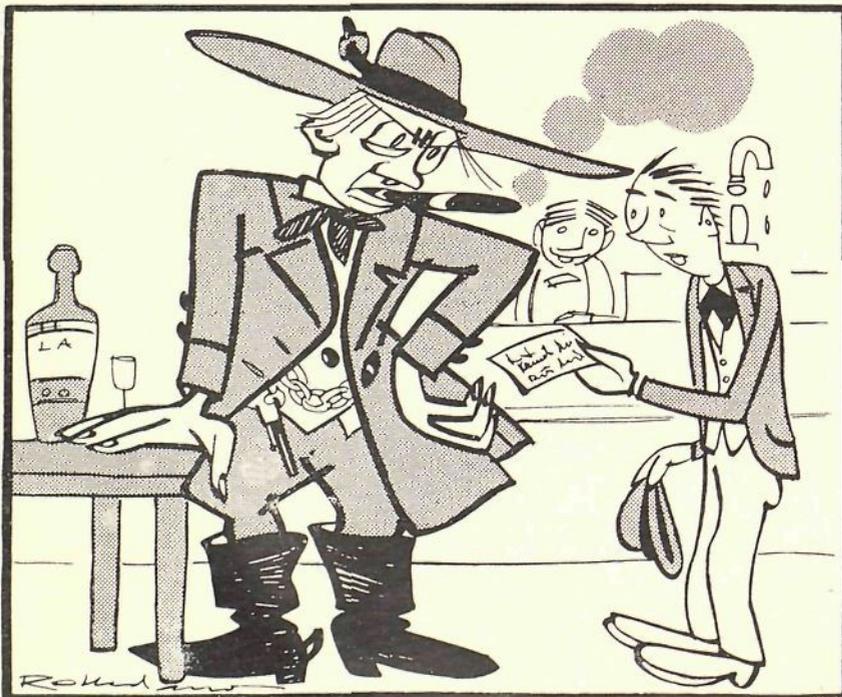
La comarca disfrutaba de una relativa tranquilidad, gracias a la voluntaria ausencia de la misma de dos de sus más populares habitantes.

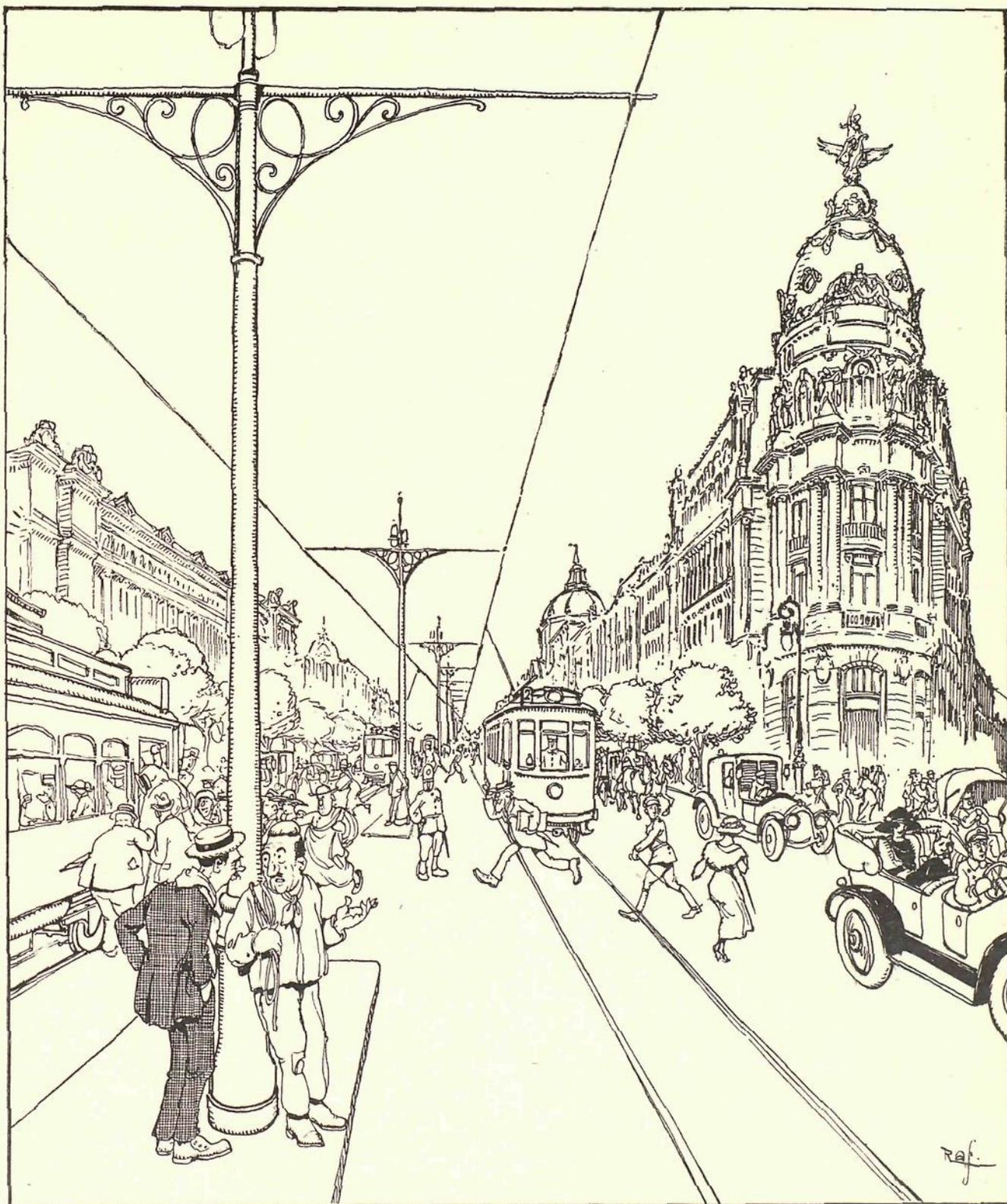
Eran éstos el *Niño del 42* y el *Hombre Tanque* (1), arriesgados y feroces asaltantes de trenes, que podrían, por su empuje, bravura y audacia, serlo de acorazados o submarinos.

Sus últimas hazañas — el atraco de un tren correo, la voladura de un expreso, el secuestro de un mixto y el robo total de dos mercancías — tuvieron tal resonancia, que los modestos autores de ellas se vieron en la imprescindible necesidad de retirarse a la vida privada, lejos de aquellos parajes, y, aunque fuera momentáneamente, para substraerse a la expectación pública y a los vehementes deseos demostrados por la Policía para entrar en relación con ellos.

(Se continuará.)

(1) Damos la traducción castellana de los apodos ingleses del original.





— ¿Conque no estás ya en casa de Ezquerdo?
 — No; ahora trabajo de mozo de cordel. ¡Las vueltas que da el mundo!...
 — ¡Que lo digas!... Ya ves: antes andabas con locas, y ahora con cuerdas.

Dib. RAF. — Madria.

UN ENFERMO DE CUIDADO



En gabinete contiguo a una alcoba, en la cual descansa un enfermo. Al comenzar la acción de nuestra historia estamos en la alcoba. Un señor de mediana edad yace en el lecho; algunos individuos de su familia y una antigua criada de la casa rodean la cama, y en silencio presencian un minucioso reconocimiento que el doctor hace al paciente. El médico tiene su oído puesto sobre el pecho del enfermo, que cuenta en alta voz:

— Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

— ¡Diga usted a! — dice interrumpiendo el galeno.

— ¡A, a, a, a! — repite el enfermo.

— Vuélvase ahora. Veremos la espalda. Respire hondo.

El paciente lo hace.

— ¡Diga i!

— Pero, doctor, ¿me va usted a hacer decir todas las vocales?

— ¡Diga i, y no replique!

— ¡I, i, i, i! — repite el acosado, que da lástima oírle.

— ¡Ahora diga treinta y tres!

— ¡Treinta y tres?

— Sí, señor.

— ¡Pues me tenía más cuenta haber ido a la oficina!

— ¡Diga treinta y tres!

— ¡Treinta y tres!

— Bien. Ahora descubra el vientre.

Todos los presentes se apresuran a levantar la ropa al ser querido. El doctor, ya desnudo el vientre, comienza a martillearlo con el dedo. Terminado el reconocimiento, sale al gabinete seguido de la familia, a la que dice misteriosamente:

— ¡Este vientre no me gusta nada!

— Pero ¿le parece algo de cuidado?...

— ¡No; no sé! Está tan hinchado, tan duro, que no es posible darse cuenta.

— ¡Yo, y ustés disimulen — dice Rufa, la antigua criada —, creo que lo que tiene el señorito es un *atranco*!

— ¡Calla, Rufa! — dice la dueña; y agrega dirigiéndose al médico —: ¿No le va usted a recetar nada?

— Sí; le voy a poner unas gotas, de las cuales tomará una cada cuatro horas, y unas cucharadas, cada dos. Alimento, nada; si acaso, un poco de agua azucarada, y nada más.

Si le notaran peor, me avisan: yo estoy en casa hasta tarde. ¡Si pudiéramos ver ese vientre con los rayos X!... Tómenle la temperatura cada dos horas, y hasta después.

— Acompaña al doctor para que recete, María — dice la señora de la casa.

Los parientes que se quedan comienzan a elogiar al doctor.

— ¡Es un pozo de ciencia!

— ¡Un fenómeno!

— Pero cobra muy caro — arguye uno. — No lo creas.

— ¡A la de Manso le ha sacado un riñón!

— ¡Y a lo mejor, sin darle el cloriformo!

— ¡No; si es que le ha puesto tres mil quinientas pesetas por treinta visitas!

— ¡Ay, hijo, qué disgusto; qué alar-mada estoy! — dice la esposa.

— ¡No, mujer, si no será nada!

— ¡Si lo es, sí! ¡Hay peligro!

— ¡Te digo que no lo hay!

— Señorita, tome la tila, que está usted muy nerviosa.

Comienza a tomarla, y da un grito:

— ¡Ay!

— Las cosas hay que tomarlas como vienen, mujer.

— ¡Si es que me he abrazado!

— Entonces, mejor es esperar a que se enfríe.

— ¡Paco, no gastes bromas; lo de Rodrigo es una cosa grave, no darle vueltas!

— ¡Lo del señorito, y Dios me perdone, es un *atranco*!

— Bueno; calla y no molestes más.

— Si me dejaran a mí, ya estaba bueno.

— Parece que llama Rodrigo. — Después de escuchar —. ¡Ay, si es que delira; se conoce que le ha subido la fiebre!

Al enfermo se le oye desvariar.

— ¡Maura, Cierva, Romanones!... ¡Yo no quiero que se concentre Sánchez Guerra!... ¡Que nombren hijo adoptivo del Rif a Millán de Priego!...

— Es que delira. Yo creo que hay que telefonar al médico en seguida.

— ¡Como queráis!... Rufa, telefóneee usted en seguida al doctor; ya sabe el número.

— Sí; y que le digan que si él lo juzga necesario, que avise en consulta a otro médico.

— Bien, señorita. — Antes de salir, dice Rufa aparte —. Yo creo que con lo que *The dao*... ¡Porque eso que tiene el señor es un *atranco*!...

— ¿Habrás tomado la temperatura a Rodrigo?

— No; se la voy a tomar ahora: dame el termómetro.

Oye, ¿cómo se baja esto, que yo no sé? — dice la esposa sacudiendo el termómetro.

— ¡Hay que dar un golpe seco! ¡Trae!

Coge el termómetro un hermano del enfermo y empieza a sacudirlo.

— ¿Lo has bajado ya?...

— No; yo antes lo bajaba en seguida; pero ahora...

— ¡Trae, a ver si yo puedo! — dice un tercero, sacudiéndole a su vez.

— ¡Señorita, el médico de cabecera con el otro!

— Ha venido en seguida, ¿verdad?

— ¡Como vive tan cerca!... Pase, pase usted, doctor.

— ¡Mi compañero, el doctor Riosa!

— ¡Mucho gusto!... Veamos al paciente.

— ¡Sí, sí, vamos!

— Que penetre en la alcoba la menos gente posible.

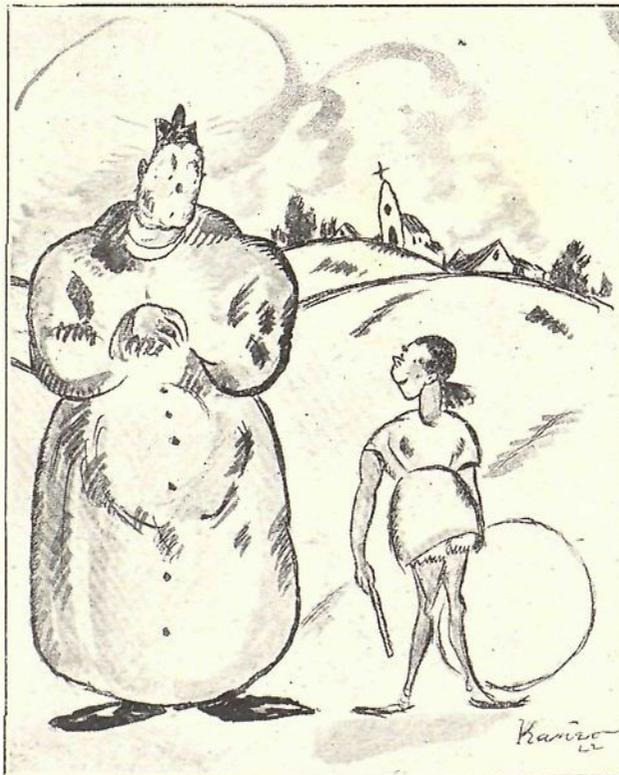
— ¡Entra tú, Paca!

— ¡Sí; la esposa es la más indicada!

Los médicos y la consorte pasan a la alcoba.

— ¿Sabe usted que este termómetro no baja por más que le sacudo?

— Es cuestión de maña: se coge el termómetro con la mano derecha y se golpea sobre el brazo izquierdo: así...



HISTORIA SAGRADA

Dib. KAÑEO. — Madrid.

— ¿Tú sabes, niña, quién fué la madre de Moisés?

— La hija de Putifar.

— ¡Pero, por Dios!... ¡Si ésa fué la que le encontró en el Nilo, metido en un cestito!...

— ¡Sí, sí!... ¡Eso dijo ella!...

Comienza a darse golpes en el brazo.
 — ¡No se oye nada!
 — ¡Ni una palabra!
 — ¡Eso me da mala espina!
 — ¡Pobre Rodrigo; y ahora que Piniés le distinguía tanto!...
 — ¡Calla, ya salen los médicos!
 — ¿Qué, doctor?...
 — ¿Qué le parece?...
 — ¿Es algo grave?...
 — ¡Digan la verdad, por terrible que sea!

— ¡Señora, hemos de hablar mi compañero y yo!

— Sí — dice el médico de cabecera —; quisiéramos cambiar impresiones un momento solos.

— ¡Bien, bien! Pues aquí, en el comedor...

Los médicos, solemnes e impenetrables, pasan al comedor para convertirlo en santuario de la Ciencia.

Una gran ansiedad se pinta en todos los rostros.

Hay un silencio; por fin lo rompe la esposa:

— ¡Al doctor Riosa tampoco le ha gustado el vientre de Rodrigo!

— ¿Ha dicho algo?

— ¡No; pero ha puesto una cara!... Yo temo que decidan operarle.

— ¡No, por Dios!

— ¡Sí, sí, lo temo!

Esta conversación es interrumpida por la entrada de Rufa en el gabinete, que sale emocionadísima.

— ¡Señorita, el señorito está salvado!

— ¿Qué dices?

— ¡Que el señorito está ya mejor!

— Pero ¿qué hablas?

— No me regañe usted, señorita, pues le vi tan malo, que le di eso que me prueba a mí tan bien, y le ha *sentao*, que tiene ya el cuerpo como un reloj.

— Pero ¿qué has hecho?

— ¿Ve usted cómo yo le decía que era un *atranco*?... ¡Vengan, vengan, señoritos!

Todos se precipitan en la alcoba. En este momento salen los médicos y dicen al único pariente que, por falta de confianza, no ha seguido a los demás:

— ¡Que no se entere la esposa; pero hemos deliberado, y nos parece que la operación se impone!

— Pero ¡si ya se ha salvado! — les contesta el pariente.

— ¿Cómo?... — pregunta un doctor.

— ¡Ya está bueno! — dice la esposa, que sale de la alcoba.

— Pero ¿qué dice usted?... — interroga el otro médico.

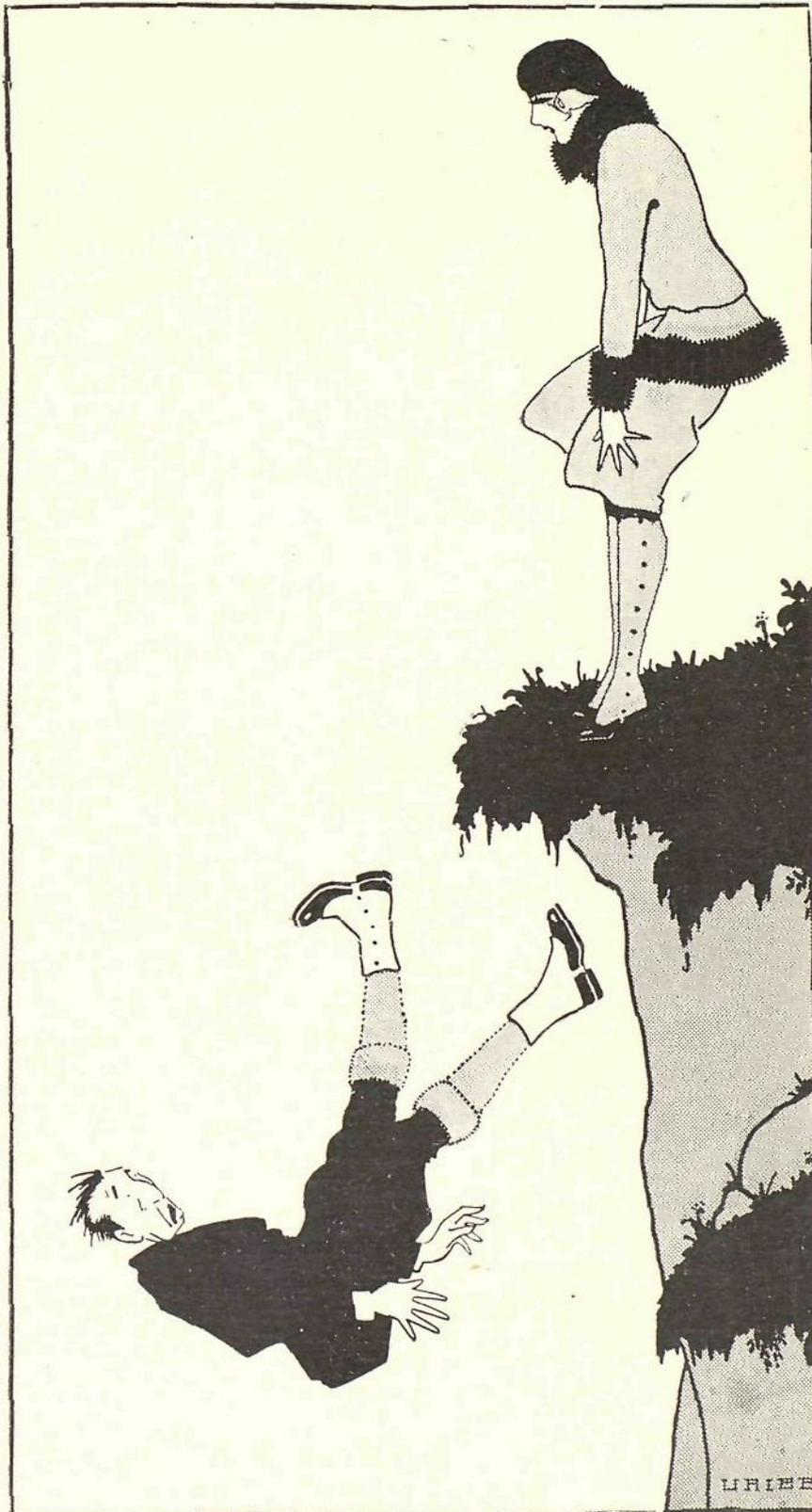
— ¡Quiere el chocolate! — exclama otro que sale de la alcoba.

— ¡Nada, que por más golpes que me doy, no baja! — dice el último que cogió el termómetro.

Rufa sale radiante de la alcoba, y, poniéndose desafiante ante los médicos, que la miran estupefactos, dice:

— ¡No les decía que era un *atranco*!

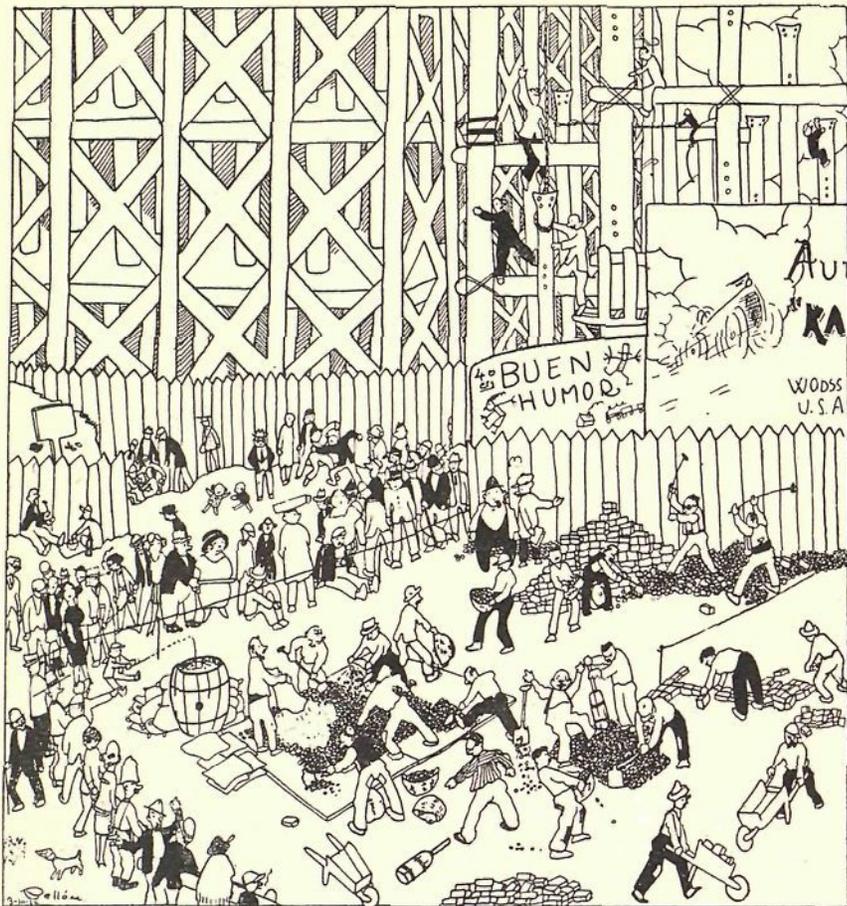
ANTONIO PLAÑIOL.



ALPINISMO

Dib. URIBE. — Madrid.

— ¡Oye!... ¡Haz el favor de no mirarme las pantorrillas!...



LOS VAGOS

Dib. BELLÓN. — Madrid.

— ¡Chico, estoy rendido!... Llevo media hora sin parar de ver trabajar.



DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

Yo, ladrón de embutidos.

He aquí una habilidad que me desconocía el público; sobre todo el público que leyese uno de los números de *La Correspondencia de España* en el pasado mes de octubre, y que presumirá que escribo estas líneas desde el penal de Ocaña, cuando menos.

Decía así *La Correspondencia de España* en su sección de «Pleitos y causas»:

Una pequeña imprudencia.

José López Rubio, en unión de otro individuo que está en rebeldía, teniendo en cuenta, sin duda, la carestía de las subsistencias, y pensando que el invierno es largo, quisieron proporcionarse algún medio de hacer frente a unas y otro, y con una palanqueta forzaron la puerta de la carnicería establecida en la calle de Valencia, número 2, propiedad del Sr. Fernández

Fuentes, penetrando en ella y apoderándose de seis pesetas cincuenta céntimos en metálico y la siguiente tontería de sustancias alimenticias: quince kilos de salchichón, ocho de morcillas, cuatro de otros diversos embutidos y ocho libras de chocolate, todo ello tomado en 524 pesetas.

Sorprendidos por el sereno, que detuvo al procesado, dió éste pruebas de una sumisión, de un arrepentimiento y de una suavidad de dicción poco corriente.

Hoy se repetía ante la Sala lo que dijo a la autoridad nocturna en el momento de ser detenido:

— Ya que he cometido esta «pequeña imprudencia», áteme.

No hemos podido averiguar si pretendía que le atasen con longaniza.

Inútil será decir las complicaciones que esta noticia le ha causado. Todos mis amigos, al saber que había robado tan exorbitante cantidad de embutidos, se han llamado a la parte, alegando que, por lo menos, podía haberles convidado.

Un pariente mío, que, en contra de mi decidida opinión, sostiene que yo seré concejal, lo que no puede menos de exasperarme, dicen que exclamó en voz alta, después de leída la noticia del robo de la salchichería:

— ¡Cuando yo digo que este chico acabará en concejal!

Esto, además de las chufas consiguientes entre mis conocidos.

Debo declarar sinceramente que yo no soy ese José López Rubio de la palanqueta.

La Voz, al decir que el procesado se llamaba López Rubio, añade que no es el dibujante, «que es un chico muy decente», y me deja a mí al descubierto de las insidiosas sospechas de mis enemigos.

Confesaré muy alto que yo no he robado esos comestibles, porque no se me había ocurrido, sencillamente.

Aun hay dos cosas que me indignan más que los amargos frances por que he tenido que pasar a causa de esa enojosa coincidencia. Lo primero es la excesiva pena que se ha impuesto a mi homónimo. Seis años de presidio me parecen demasiada pena, si se tiene en cuenta que los embutidos volvieron a la posesión de su dueño. Si se le impone esa pena por robo, yo pido que se le entregue lo robado, ya que a bastante precio lo paga. Bien sé que hacer esta petición es perder el tiempo, puesto que la Justicia es fosca y rencorosa, y perdona antes a un pasional que a un ladrón inocente.

Lo que también me molesta es el tono jocoso con que el encargado de la sección de Justicia de *La Correspondencia de España*, Sr. Morencos, relata el hecho. Como muy bien hubiera podido ser yo el protagonista — nadie, ni el mismo Sr. Morencos, puede estar seguro de no robar salchichón alguna vez en su vida —, no puedo menos de sentirme herido por los comentarios humorísticos que se dedican a mi homónimo. Si se tratara de mí, estoy seguro de que hubiera empleado el mismo tono.

El Sr. López Rubio cometió una acción cada vez más corriente en nuestra sociedad, y se ha hecho de él objeto de una nota cómica. Si anda por ahí, que ya lo voy creyendo, algún otro José López Rubio, yo le invito a reunirse conmigo para hacer una Junta de Defensa y pedir al ministro de Gracia y Justicia, en papel de peseta, que sustituya en el presidio a nuestro homónimo por el señor Morencos, en castigo al chiste de la longaniza, que consideramos harto ofensivo para la clase de los José López Rubios. Así comenzaremos una labor sana y provechosa, de gran importancia para la nación.

Advierto antes que por nada ni por nadie renunciaré a mis legítimos derechos sobre la presidencia de tan importante entidad.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA MUJER POR TELÉFONO, por Mark Twain.

Yo te aseguro, lector, que una conversación telefónica es de lo más interesante que puede ofrecernos la vida moderna. Sobre todo si se tiene la fortuna de encontrarse cerca del teléfono y sin tomar parte en la conversación.

Ayer hube de disfrutar una de esas conversaciones encantadoras mientras me hallaba escribiendo un artículo sobre psicología femenina.

Relatemos, pues, los hechos.

Oprimí el botón. Sonó el timbre y se entabló esta escaramuza preliminar:

LA CENTRAL (voz mal humorada). — ¿Qué desea?

Yo. — ¿Central?

LA CENTRAL (con ira mal disimulada). Aquí está la central... ¿Qué quiere?

Yo. — Comunicación con el 3.413.

— Bien. No se retire.

A mi oído llega entonces algo así como el crepitar de agua fría en aceite hirviendo. Luego, una voz femenina pregunta:

— ¿Quién habla?

Sigue una breve aclaración por mi parte.

Acto seguido comienza lo más extraño del mundo: un diálogo con un sólo personaje que grita hasta desgañitarse, pues nunca es posible convencer a una señora de que no es necesario dar voces al teléfono.

He aquí el semidiálogo:

— ¡Las locuras que los hombres cometen por las mujeres!... ¡Es terrible!...
— ¿Por qué dice usted eso?
— Porque me casé con una...

(De Life. — Nueva York.)

— ¿Sí?... ¡Es graciosísimo!... ¿Cómo ocurrió?

(Pausa.)

— ¿Qué dices?

— ¡Ah, vamos!...

(Siguen unas risitas.)

— No; lo mejor es impedir que llegue a punto de ebullición; puede manejarse mucho más cómodamente.

— ¿Qué?...

— No, mujer; es preferible a punto atrás.

— Sí; no estaría mal. Sin embargo, yo la adornaría con algo vistoso y agradable: valenciennes o algo parecido.

— La tienen en cualquier librería. Es muy interesante; sobre todo el último capítulo.

— Predica los jueves y los domingos.

— Quizás; yo uso el agujón.

— ¿Cómo?... (Aparte.) ¡Niño, estáte quieto!

— En si bemol.

— ¡Ah!... ¿Sí?... ¿Desde cuándo?

— No sé lo que es.



LA EXPERIENCIA DE LOS AÑOS

— Hace cincuenta años, las muchachas se casaban antes de cumplir los veinte. Hoy llegan a los treinta antes de pensar en ello.

— Nosotras somos más listas cada día. ¡Dentro de cincuenta años no nos casaremos de ninguna manera!...

(De Bulletin. — Sydney.)

— ¡Me dejas asombrada! ¡Parece imposible!

— ¿Quién fue?

— ¡Qué barbaridad!

— ¿Lo advirtió su madre?

(Pausa larga.)

— No estoy segura. Creo que empieza pianísimo y va crescendo poco a poco. El final es allegro vivace.

— Dale horchata de arroz. Por eso no dejo a los míos que coman dulce.

— ¿Qué?...

— ¡De ningún modo!

— ¿Visitas?...

— No valen ese precio. Jamás he pagado más de dos reales la docena.

— La de Britt tampoco tiene cocinera.

— ¿Irás?...

— Bueno. Entonces, a las cuatro... Estoy vestida.

— ¡Muchas gracias!... ¡Adiós!...

A. R. H.



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

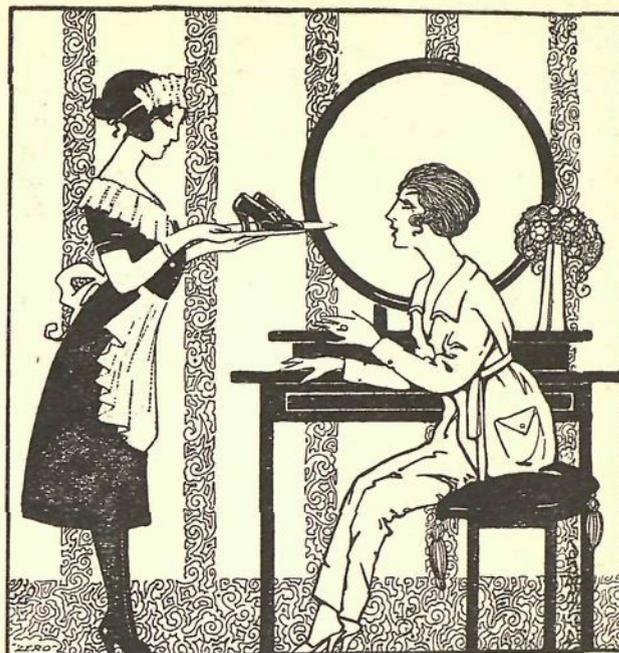
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barrós, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. **Rhum Belleza** Fuera canas.

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro; busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro; Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

- ¿Dice usted que los zulús tienen tan malas costumbres?
— ¡Atroces, compañero! Se comen todo lo que se les presenta por raro que sea. Me permito aconsejar a usted que no pase por allí.

Ayuntamiento de Madrid